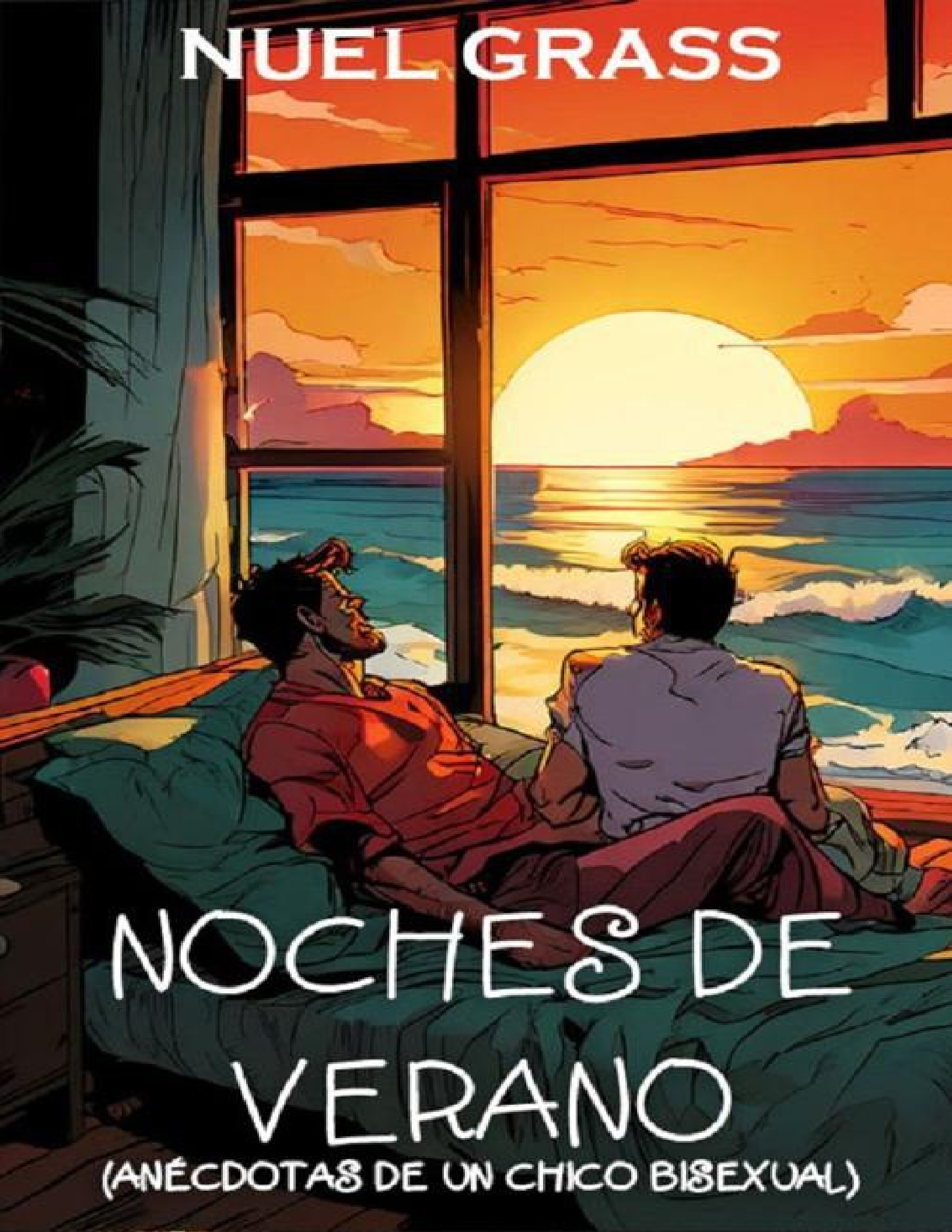
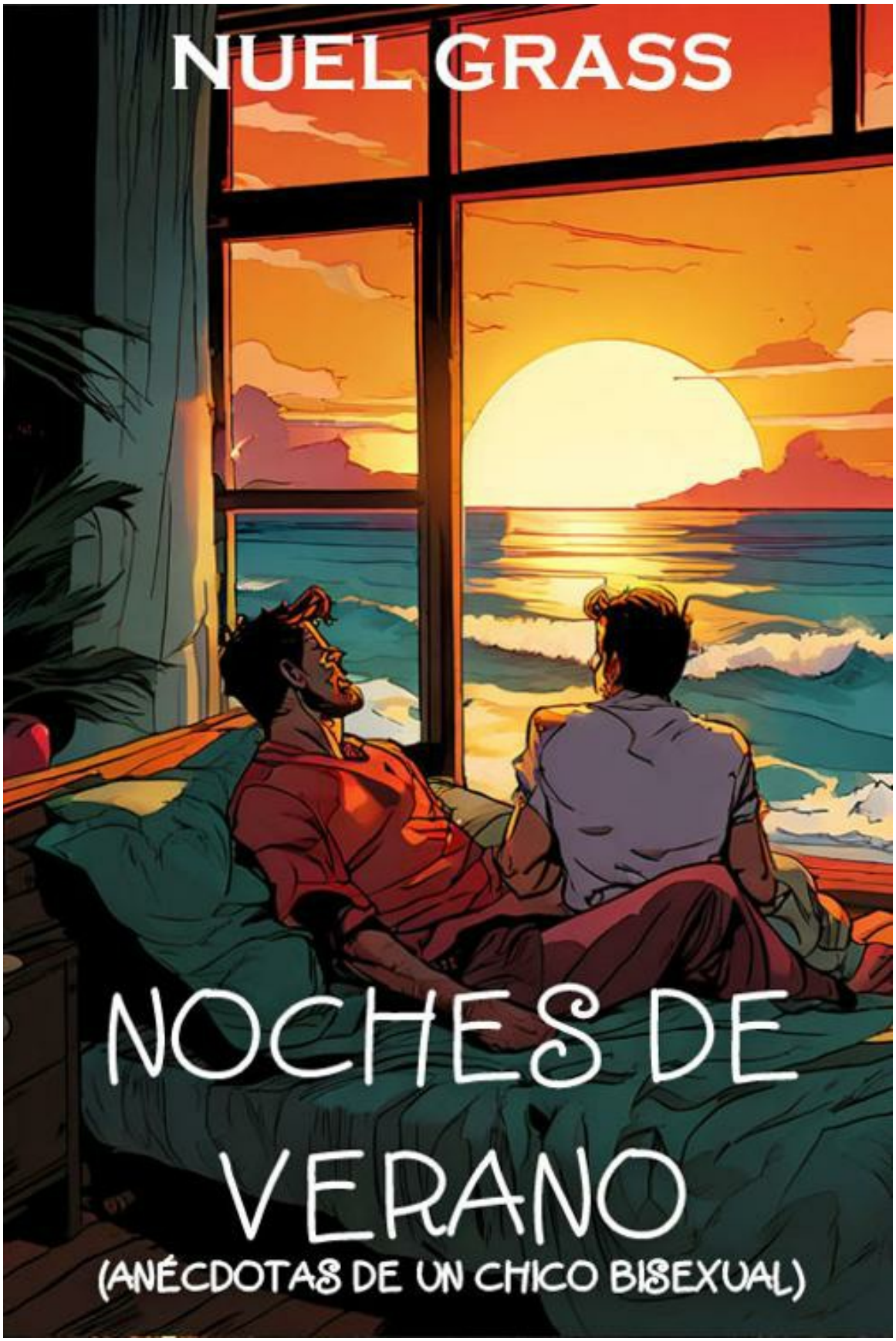

NUEL GRASS
NOCHES DE VERANO
(ANÉCDOTAS DE UN CHICO BISEXUAL)


NUEL GRASS
NOCHES DE VERANO
(ANÉCDOTAS DE UN CHICO BISEXUAL)

Alex es un joven universitario que se emabarca en un viaje a la playa con su prima Carla, el novio de su prima y una de sus amigas. A pesar de sus reticencias iniciales, se espera disfrutar de su última oportunidad de hacer algo juntos antes de graduarse. Durante el viaje, Alex reflexiona sobre su orientación bisexual, la cual mantiene en secreto. Alex intenta dejar de lado sus preocupaciones y disfrutar del momento, aunque las tensiones y atracciones internas lo complican. La combinación de playa, fiesta y cuerpos perfectos hacen una combinación explosiva que tendrá que saber manejar.

Nuel Grass

NOCHES DE VERANO
(ANÉCDOTAS DE UN CHICO BISEXUAL)

ePUB v1.0



Título original: *Noches de verano (Anécdotas de un chico bisexual)*
Nuel Grass, 27 de Julio de 2023.
Diseño portada: Nuel Grass

DÍA 1

Ahí estaba yo, en el asiento trasero del coche de mi prima, con el viento cálido del verano soplando a través de las ventanas abiertas. Siendo sincero, no tenía muchas ganas de irme a ningún viaje y menos a este que era a la playa. Carla, mi prima, se había puesto tan absolutamente pesada, tanto, que no pude decirle que no. Además, era nuestra última oportunidad de hacer algo juntos antes de graduarnos en la universidad. La excusa más mala que me pudo poner, pero ahí estaba yo.

Mi nombre es Alex. Soy un chico delgado pero atlético, con el cabello castaño oscuro y ojos verdes. Este color es el que me ha hecho tener más ligues de los que hubiese tenido sin ellos. Siempre he sido el tipo de persona que prefiere los libros y las películas a las fiestas y las salidas, pero eso no significa que no disfrute de una buena aventura de vez en cuando. Soy bastante reservado, especialmente sobre ciertos aspectos de mi vida, como mi orientación sexual. No es que me avergüence, solo que no he encontrado el momento adecuado para compartirlo. Para que no vayas a pensar que te voy a hacer esperar, soy bisexual. Me encanta estar con chicas, ligar con ellas, pero es cierto que me atraen algunos chicos, sobre todo si se cuidan.

Ahora vamos a mi prima, Carla, que iba al volante de su coche. Obvio, pues no deja a nadie que lo conduzca. Carla es un poco regordeta, en plan sana, pues su grasilla en la tripa no le quita para nada lo saludable y enérgica que es. Siempre ha sido la más vivaz de la familia, con una risa contagiosa y una personalidad arrolladora. Tiene el cabello rizado y castaño claro, y unos ojos marrones que brillan con entusiasmo. Carla es el tipo de persona que siempre está planeando algo divertido y es imposible aburrirse a su lado.

Así debió conquistar a Luis, su novio, que iba de copiloto. Le he conocido antes de subirme al coche. Él es un verdadero fanático del gimnasio. Estudia ciencias del deporte y tiene un cuerpo musculoso que refleja su dedicación al ejercicio y la vida sana. ¿Recordáis lo que dije de mi gusto por los chicos? Pues Luis es justo todo lo que me gusta. Es un chico alto, con el cabello corto y oscuro, una mirada penetrante (de ojos marrones, ahí le gano yo) y una mandíbula masculina, de esas que se han puesto de moda, pero que él la trae de serie. Encima su actitud es relajada y amigable. Aunque al principio parecía algo serio, pronto me di cuenta de que tiene un gran sentido del humor y una sonrisa fácil. Esto va a ser duro, lo presiento.

En el asiento de atrás, conmigo estaba Marta, una amiga de Carla, a quien también acababa de conocer. Era un par de años mayor que nosotros, pero no los aparentaba. Ella es una de esas personas que parecen sacadas de una revista. Muy guapa, con un cuerpo de modelo que hace que todos se girasen a mirarla. Vamos, que estaba buenísima. Tiene el cabello largo y rubio, ojos azules que hipnotizaban, y una piel ya bronceada por el sol. Y eso que acaba de empezar julio. Pero más allá de su apariencia, Marta es increíblemente simpática y divertida. Siempre está riendo y tiene una forma de hacer que todos se sientan incluidos y cómodos. Durante el viaje ha estado intentando incluirme en todas las conversaciones. Yo solo puedo mirarle el escote e imaginarme liándome con ella. Aunque no sé si seré su tipo.

La verdad es que me sentía un poco fuera de lugar. Solo conocía a Carla y, aunque siempre hemos sido cercanos, hay cosas que ni siquiera ella sabe de mí. Como el hecho de mi bisexualidad. No es que no quiera decírselo, es solo que nunca encontré el momento adecuado. O el valor. Supongo que siempre he tenido miedo de cómo podría reaccionar mi familia. Tampoco me veo liándome con un tío, aunque ganas no me han faltado más de una vez.

Pero bueno, ahí estaba, intentando disfrutar del típico viaje en coche. En la radio sonaban las repetitivas canciones de verano y Marta no dejaba de hablar sobre lo emocionada que estaba de llegar a la playa. Ella, que parecía que llevaba yendo a una desde enero. Luis y Carla se reían, compartiendo anécdotas de viajes pasados. Me encontré sonriendo, dejándome llevar por su entusiasmo. Quizás este viaje no sería tan malo después de todo.

En una de las curvas de la carretera, Carla, siempre extrovertida, sacó un tema de conversación para que conociese mejor a su novio.

—Oye, Luis, cuéntale a mi lo que eres capaz de hacer por el deporte. Estoy segura de que no ha escuchado tus historias locas.

Luis soltó una carcajada.

—Bueno, no sé si son historias locas, pero el deporte es… definitivamente mi vida. Empecé con el fútbol cuando era niño, pero luego me enganché al gimnasio y a todo lo relacionado con el fitness. Ahora estoy estudiando Ciencias del Deporte y no hay día que no haga algo relacionado con el ejercicio.

—Es verdad —intervino Carla—. Mi amorcito está megafuerte. Puede hacer flexiones como si nada. Incluso una vez hizo una competición de flexiones en una fiesta, ¿te acuerdas, Luis?

—Sí, esa fue una chulada de noche. La mitad de la fiesta se unió, y terminé haciendo más de cien flexiones. Al día siguiente no podía mover los brazos.

—Pero lo mejor de la historia fue que luego intentaste impresionar a todos haciendo parkour en el parque de al lado.

Carla y Luis se rieron juntos, y yo no pude evitar sonreír, intrigado.

—¿Qué pasó?

Luis se rascó la cabeza, un poco avergonzado.

—Bueno, iba un poco bebido y pensé que podía saltar de un banco a otro como en los videos que había visto en internet. Todo iba bien, pero tenía los brazos muy cansados, y las piernas no me acompañaron. No fue hasta que me lancé cuando me di cuenta de que el segundo banco estaba un poco más lejos de lo que pensaba. Terminé cayendo de bruces al suelo y me raspé toda la cara

y los brazos.
—Lo mejor de todo es que, en lugar de levantarse y actuar como si nada hubiera pasado, Luis se quedó tumbado en el suelo riéndose de sí mismo.
—Pero en serio, el deporte me ha enseñado mucho sobre disciplina y superación personal —continuó Luis, ya más serio—. Es algo que recomiendo a todos. No importa el nivel de habilidad, siempre hay algo que puedes aprender de ser activo.
Era la típica reflexión de coach de las redes sociales. Aun así, sentí que, con cada historia, nos íbamos conociendo mejor y creando un lazo más fuerte. Mientras la charla seguía, miré unos momentos por la ventanilla y vi cómo la carretera serpenteaba a través de colinas verdes y campos dorados. Cada kilómetro que avanzábamos, sentía cómo se disipaban mis preocupaciones. Cerré los ojos y dejé que el sonido de las risas y la música me envolviera. Quizás, por una vez, podría dejar de lado mis miedos y simplemente disfrutar.

No sé cuándo había cerrado los ojos exactamente, pero cuando menos lo esperaba, llegamos a la playa y me despertó el frenazo que dio mi prima. Los demás no pudieron evitar reírse de mí cuando pegué un grito asustado, lo cual no me importó. Tan pronto habíamos llegado, que lo hicimos un par de horas antes de que pudiésemos entrar en el apartamento que habíamos alquilado. El sol brillaba en un cielo sin nubes y el mar se extendía ante nosotros, brillante, de un color azul mágico. Bajamos del coche y los cuatro nos estiramos a la vez. Sacamos los bártulos de la playa y empezamos a andar por la arena ardiente. Cuando decidimos donde íbamos a ponernos, Luis y Carla corrieron hacia el agua, para comprobar la temperatura, mientras Marta y yo nos quedamos atrás, instalando las toallas y la sombrilla. Me sonrió y me ofreció un refresco.
—No pareces el tipo de chico que viene mucho a la playa —dijo, sin malicia, solo curiosidad.
—No lo soy —admití, riendo—. Pero creo que en este viaje me va a empezar a gustar.
La sonrisa que me dedicó Marta casi me mató. Noté que no lo hizo por la pequeña erección que tuve que disimular sentándome en la arena. Si quería impresionarla iba por mal camino. Y es que Marta era todo entusiasmo, hablando sobre la belleza del lugar y haciendo planes para el resto de los tres días que estaríamos conviviendo. Yo la escuchaba, intentando disfrutar del momento y relajarme. Miré a lo lejos y pude ver cómo la playa estaba llena de vida, con familias, grupos de amigos y otros turistas disfrutando del día.
Carla y Luis regresaron y propusieron el primer baño, pero claro, no teníamos los bañadores puestos. Las chicas cogieron un par de toallas y entre ellas se ayudaron a cambiarse. Yo me puse una toalla alrededor de la cintura y, haciendo equilibrismos ridículos me pude poner el bañador bermuda a rayas, blanco y azul, que me había comprado. Lo que no me esperaba era que Luis, aprovechando que las chicas estaban despistadas, me dio la espalda y se desvistió allí mismo. Tardó un microsegundo, no como yo. Pero en ese microsegundo le pude ver el culo lo suficiente para que mi pene se volviese a activar por segunda vez en menos de diez minutos. Era perfecto, redondito y voluminoso como un melocotón. Encima el tío se puso un bañador turbo, de tonos violetas, que le quedaba como un guante. Tal como se lo puso se fue corriendo al agua.
Las chicas no habían terminado de cambiarse cuando él ya estaba de regreso. A medida que se acercaba, no pude evitar fijarme cómo el bañador mojado revelaba aún más detalles de lo viene

siendo su zona delantera. Nada, que no me iba a poder levantar en toda la tarde. Luis caminaba con una actitud relajada, salpicándome agua y riendo al llegar a mi lado. ¿Cómo era posible que se le marcasen así los oblicuos con ese bañador? Con todos los abdominales que yo hacía, apenas se me notaba una ínfima parte. Cuando se sentó a mi derecha para secarse, me fijé discretamente cómo el bañador húmedo se le pegaba a su piel, dejando poco a la imaginación. La forma en que se ajustaba y resaltaba su figura no pasaba desapercibida y no solo a mí. Había un par de señoras unos metros más alejado que, si no fuese por las gafas de sol que llevaban puestas, se les podría calificar de descaradas.

Carla se acercó a nosotros y notó mi mirada hacia las señoras, y me sonrió. Como si compartiera una broma no dicha. Ella se inclinó un poco, murmurando con complicidad.

—Parece que el bañador de Luis atrae miradas furtivas, ¿eh?

Me sonrojé ligeramente, pero traté de mantener mi compostura. Asentí, sin saber exactamente qué decir. Me había quedado sin palabras. No estaba seguro si Carla había notado la tensión o si simplemente estaba haciendo una observación casual. Sin embargo, su comentario me hizo sentir aún más consciente de la situación.

Finalmente fuimos al agua los cuatro y allí estuvimos charlando sobre qué hacer estos días de verano. Intenté relajarme y disfrutar del ambiente. Había muchas otras cosas que apreciar: el sonido de las olas, la calidez del sol y el simple placer de estar en la playa.

—Me alegra que hayas venido, primo. Necesitábamos un descanso.

Asentí, sintiendo una calidez en mi pecho. Quizás tenía razón. Quizás este viaje era justo lo que necesitaba. Podía ser yo mismo, tomarme mi tiempo y, quizás, un día, encontrar el valor para contar mi verdad. Por ahora, solo quería disfrutar de este momento perfecto.

Una ahogadilla y para afuera.

Llegamos al apartamento a las tres de la tarde, ya frescos tras el baño, habiéndonos comido un bocadillo cada uno, y con ganas de empezar de verdad las vacaciones. Desde afuera, el edificio parecía modesto pero bien cuidado, con una fachada blanca y balcones adornados con flores y toldos a juego con la fachada.

—¡Hemos llegado! —anunció Carla con entusiasmo mientras aparcábamos en la plaza que nos había indicado el dueño, vía chat. Eso de entrar en pisos de personas sin ni siquiera tener que verlos era maravilloso.

Subimos las maletas y las bolsas de la compra por las escaleras hasta el segundo piso, donde estaba nuestro apartamento. Carla abrió la puerta y todos entramos, curioseando. El piso era pequeño pero acogedor. El salón tenía una mesa de comedor, una televisión, varios cuadros horteras y un sofá cama. Desde allí, una puerta corredera de cristal se abría a una terraza con vistas al mar. La verdad es que aquello era un lujo.

La cocina estaba justo al lado del salón, separada por una barra americana, compacta pero bien equipada. Había un baño con una ducha y un váter y, al fondo del pasillo, el único dormitorio con una cama doble y un armario grande.

—Bueno, tenemos que organizarnos —dijo Carla, dejándose caer en el sofá—. Creo que lo mejor será que Marta y yo durmamos en el dormitorio, y los chicos, en el sofá cama.

Luis puso cara de falsa indignación, cruzando los brazos sobre su pecho.
—¿En serio? ¿Ni siquiera en vacaciones puedo dormir con mi novia?
Carla se rió y le dio un empujoncito en el brazo.
—Oh, vamos, Luis. Piensa en las combinaciones. Marta y Alex no se conocen lo suficiente. Y como soy muy celosa, no te voy a dejar dormir con mi amiga.
—¡Pero bueno! —gritó Marta, haciéndose la ofendida.
—Shh, calla tonta. Total, que es la única combinación, y yo no pienso dormir en un sofá cama.
Luis suspiró dramáticamente, pero al final se encogió de hombros, aceptando la situación.
—Está bien, está bien. Pero si ronco, Alex, no me hago responsable.
Todos nos reímos, pero yo no pude evitar ponerme colorado. La idea de compartir el sofá cama con Luis me ponía nervioso. Estar tan cerca de él, con su cuerpo atlético y su confianza natural, me podría hacer sentir un poco incómodo. Que se me notase demasiado mi estúpido secreto. Aun así, traté de disimular mis nervios y me uní a ellos para desempacar.
—Venga, lo hacemos así —dijo Marta, llevando su maleta hacia el dormitorio—. Ahora dejemos nuestras cosas en el armario y así tendremos más espacio en el salón.
La ayudé a llevar las cosas, tratando de mantener una conversación ligera. Carla y Luis trajeron su equipaje e increíblemente pronto el armario estaba lleno de ropa y artículos de playa.
A continuación, nos reunimos en la terraza, disfrutando de la vista y el sonido de las olas. Marta propuso un brindis con refrescos que habíamos traído, y Carla levantó su lata.
—Por unas vacaciones increíbles —dijo, sonriendo.
—¡Por unas vacaciones increíbles! —repetimos todos, chocando nuestras latas.
Mientras bebía y miraba el horizonte, sentí que mis preocupaciones empezaban a desvanecerse. Sí, estaba nervioso por compartir el sofá cama con Luis, pero también estaba emocionado por lo que nos esperaba. Quizás estas vacaciones serían un punto de inflexión.

Estábamos cansados del viaje, del primer baño, y de mover maletas de un lado para otro, así que decidimos por la tarde dar un paseo por el pueblo, tomar algún helado y regresar pronto al apartamento. El día siguiente lo aprovecharíamos mejor.
Pudimos cenar una pizza familiar para los cuatro en un restaurante muy moderno. Al regresar al apartamento, el ambiente estaba cargado de muy buenas vibraciones. Carla y Luis se dirigieron rápidamente al baño para ducharse juntos, riendo y charlando sobre lo divertido que había sido el día. Mientras tanto, Marta y yo nos quedamos en la sala, recogiendo nuestras cosas y charlando.
—Qué suerte haber congeniado todos así —comentó Marta, dejando caer su cabeza hacia atrás y cerrando los ojos por un momento.
—Sí, a veces nos olvidamos de qué es lo importante y nos centramos solo en los problemas del día a día. Aquí tenemos playa, compañía, ganas de pasarlo bien... no podríamos pedir más.
Marta abrió los ojos y me miró con una sonrisa juguetona.
—Oye, aquí entre tú y yo, sé sincero. ¿Qué opinas de la compañía? Nos conoces a todos apenas desde hace unas horas.
Sentí un ligero rubor en sus mejillas, pero mantuve la calma.
—Bueno, todos sois geniales. De mi prima qué te voy a decir. Con ustedes me he sentido muy

bienvenido, y eso es lo más importante.
Marta se inclinó un poco hacia adelante, con una sonrisa pícara.
—¿Y qué piensas de mí?
La pregunta me tomó por sorpresa, pero decidí ser honesto.
—Buff… Sinceramente, Marta, eres increíblemente guapa. No solo eso, sino que también tienes una personalidad muy atractiva. Eres divertida, amable y muy segura de ti misma. Es difícil no notarlo.
Cuando dejé de hablar empecé a ser consciente de lo que le había soltado a esa chica. Qué vergüenza. Sin embargo, Marta me sonrió, claramente complacida por el cumplido.
—Gracias, Alex. Qué lindo eres. Tus palabras significan mucho para mí. A veces, la gente solo ve el exterior y no se molesta en conocer el interior. Pero parece que tú sí lo haces.
Asentí, poniéndome seguramente más colorado que un tomate. Esa chica había conseguido hacerme sentir cómodo como hacía tiempo nadie lo había hecho.
—Sabes, no siempre me he sentido segura de mí misma. Hubo un tiempo en que dudaba de mi apariencia y de mi valor. Pero aprendí a aceptarme y a amarme tal como soy. Eso ha sido un gran cambio para mí.
—Lección valiosa. Creo que todos estamos en ese proceso de aprender a aceptarnos. Me alegra ver que lo hayas compartido conmigo. A ver si puedo ponerlo también yo en práctica.
Nos miramos unos segundos en silencio. Marta tenía unos ojazos.
—Estoy contenta de que estés aquí, Alex —dijo Marta finalmente, con una sonrisa cálida y acariciándole la mejilla—. Creo que nos vamos a llevar muy bien.
En ese momento, Carla y Luis salieron del baño, riendo y bromeando, trayendo consigo una ola de energía fresca. Lo cual agradecí, porque el ambiente se estaba poniendo más caldeado de lo que pensaba.
—¿De qué hablaban ustedes dos? —preguntó Carla, secándose el cabello con una toalla.
—Solo poniéndonos al día —respondió Marta con una sonrisa y me dirigió una mirada de complicidad.
Tras ellos, me dijo Marta que entrase yo en la ducha. Al abrir la puerta, me sorprendió ver que Luis se había dejado sus calzoncillos en el suelo del baño. Los recogí y lo puse a un lado, preparándome para mi propia ducha. Me desnudé rápidamente y me metí bajo el agua, disfrutando del calor que contrastaba con la frescura del agua del mar.
La ducha estaba siendo un momento de paz para mí, hasta que escuché un ruido en la puerta. Luis, al parecer, había pensado que era buen momento para recoger su ropa interior y estaba entrando al baño. Me quedé paralizado por un momento, aunque por suerte era un baño antiguo y nos separaba una cortina de ducha horrenda, pero opaca. Llega a ser una mampara transparente y hubiese sido muy incómodo. Luis se acercó al rincón del baño donde yo había dejado sus calzoncillos y, mientras los cogía, metió la cabeza en la ducha como si fuera una situación completamente normal.
—Oye, gracias por recogerlos —dijo Luis de manera despreocupada y natural—. Los había dejado tirados por aquí.
Yo, aún sorprendido, traté de reaccionar con calma y me tapé mis partes con las manos como

pude. Sabía que no había nada de malo en que Luis me viese desnudo, pero el hecho de que atacase ese momento de intimidad, aunque no me mirara directamente a mis partes, me hizo sentir algo incómodo.

—No hay problema —respondí, tratando de mantener mi voz firme y relajada—. Ya casi iba a terminar, por si tenías prisa.

No quería ser el primero en meter mal rollo en el grupo, pues Luis era muy buen chaval. Pero pensaba que podría haber esperado unos minutos o, al menos, no haber invadido el interior de la bañera. Él asintió y, con una sonrisa que me hizo olvidar la situación, salió del baño con su ropa. Mientras lo veía irse, traté de procesar la situación y calmarme. Me concentré en la ducha, en el agua caliente y en tratar de relajarme.

A pesar de lo incómodo de lo ocurrido, me di cuenta de que podría aceptar la idea de compartir espacios más íntimos y de enfrentar mis propios sentimientos de manera más abierta. Cuando salí de la ducha, me sentí más centrado. Después de todo, era parte de la experiencia de pasar tiempo con amigos y enfrentarse a nuevas realidades en este viaje.

Aunque no salimos de fiesta, tras las duchas nos pusimos ropa limpia y nos tomamos algunos cubatas en la terraza. Después de algunas charlas, pocas, pues estábamos agotados, las chicas se retiraron al dormitorio, dejándonos a Luis y a mí en el salón.

—Bueno, compañero de cama, parece que es nuestra primera noche juntos —dijo Luis con una sonrisa, abriendo el sofá cama y tirándose a él de manera muy teatral. Luego se estiró como si fuera un gato perezoso.

Yo me reí nerviosamente y asentí, cogiendo mi pijama que había dejado doblado en una esquina. Le di la espalda y me quité la camiseta, dejándola caer en el suelo junto con mis vaqueros, y me puse mis pantalones del pijama. Busqué mi móvil antes de meterme en la cama.

Por su parte, Luis fue a apagar la luz. ¿Se pensaba ir a dormir con la ropa de vestir? Como por el ventanal del salón entraba la luz de la luna, iluminando levemente la estancia, comprobé que, lejos de dormir con esa ropa, simplemente se desnudó completamente, sin el menor rastro de vergüenza. Alcancé a verlo cómo se deslizaba bajo la sábana.

—¿Duermes desnudo? —pregunté intentando no tartamudear, mientras mi corazón latía un poco más rápido.

—Siempre lo hago, me resulta más cómodo —respondió él con naturalidad, acomodándose.

Gracias a esa maravillosa luz de la luna, que llenaba el salón de un resplandor suave y plateado, podía verle allí tumbado, con la sábana cubriéndole hasta su ombligo. Me tumbé en el otro extremo del sofá cama, sintiendo la distancia entre nosotros, pero también consciente de su presencia.

Luis también sacó su móvil, y allí estábamos los dos, pasando el rato antes de dormir. Podía escuchar el leve sonido de sus dedos tecleando y sus risitas ocasionales mientras chateaba. De reojo veía cómo sus pectorales se movían al son de sus caracteres escritos. Ya en la playa me había fijado que tenía el torso y las piernas depiladas. ¿Estaría depilado también ahí abajo? La sábana me impedía comprobarlo. Me centré en mi móvil, por miedo a ser muy descarado con las miradas furtivas, revisando mensajes y navegando por las redes sociales.

—¿A quién le escribes? —preguntó Luis de repente en voz baja, lo que casi me provoca un microinfarto.
—A un par de amigos de la universidad —respondí taquicárdico—. ¿Y tú?
—A Carla y a unos amigos también —dijo él—. Ella me está contando que Marta no para de hablar sobre la playa de mañana. Parece que está emocionada.
Nos reímos juntos de imaginarlas a las dos en la habitación de cháchara y, durante un rato, el ambiente se sintió relajado y natural. Me sentía extrañamente cómodo, incluso sabiendo que Luis estaba a mi lado en bolas bajo la sábana. Tal vez era el efecto de la luna o el murmullo distante del mar, pero me encontré disfrutando de su compañía más de lo que esperaba.
Mientras chateábamos, Luis se movía de vez en cuando, cambiando de posición. Cada movimiento de sus piernas hacía que la sábana se deslizara un poco más hacia abajo. Mi corazón latía con fuerza mientras intentaba disimular mis miradas, aprovechando la luz de la luna y de su móvil para observar discretamente su cuerpo. Como siguiera así, en uno de esos movimientos, la sábana iba a bajar lo suficiente para que pudiera ver algo de su pene asomando. Ya le podía distinguir el vello de su pubis, que parecía estar pulcramente rasurado. Así que no, no estaba depilado ahí abajo. Hasta en eso tenía buen gusto el chaval. Además, el lateral del glúteo estaba ya a la vista, lo que, por alguna razón, ver esa zona del cuerpo me excitó aún más. Tragué saliva, tratando de mantenerme tranquilo, pero la vista me dejaba sin aliento. La mezcla de curiosidad y atracción me tenía atrapado, incapaz de apartar la mirada de este chaval.
Luis, sin darse cuenta de mi nerviosismo, seguía chateando y riendo de vez en cuando. Yo intentaba concentrarme en mi propio móvil, pero cada vez que la sábana se movía, sentía una oleada de calor recorriéndome. Sabía que no debía mirar, pero la tentación era fuerte.
Después de un rato, el cansancio comenzó a hacer mella en los dos. Apagué el móvil y me acomodé, mirando al techo y comprobando que el empalme que tenía no se notara sobre las sábanas. Luis también dejó el móvil a un lado, y pronto el sonido de nuestras respiraciones se convertiría en el único ruido en el salón.
—Buenas noches, Alex —dijo Luis con su voz suave y casi somnolienta.
—Buenas noches, Luis —respondí, cerrando los ojos y dejándome llevar por la sensación de tranquilidad.

En mitad de la noche me desvelé, sintiendo el frescor de la brisa marina que se colaba por el ventanal entreabierto. Al abrir los ojos, me tomó un momento recordar dónde estaba. El suave sonido de las olas y la tenue luz que se filtraba por el ventanal me devolvieron a la realidad del salón del apartamento de la playa.
Me di cuenta de que me había destapado sin querer durante el sueño. Al mirar a mi lado, vi que eso había provocado que Luis también estuviese algo más destapado. ¿Sabes qué significaba eso, verdad? Pues que mi corazón dio un vuelco cuando noté que la sábana había resbalado lo suficiente como para dejar a la vista todo lo que viene siendo su miembro.
El pánico y la fascinación se entremezclaron en mi mente. No estaba seguro de qué hacer. Parte de mí quería seguir mirando, no por morbo, sino por la simple curiosidad y la atracción que sentía hacia él. Pero otra parte de mí sabía que no era correcto. Me sentí atrapado entre estos dos

impulsos.
Tragué saliva y me giré hacia el otro lado, cerrando los ojos con fuerza. Mi mente estaba en caos, con pensamientos arremolinándose sobre lo que acababa de ver y sobre cómo debería comportarme. Respiré hondo, tratando de calmarme, pero cada vez que cerraba los ojos, la imagen de Luis se filtraba en mis pensamientos.
Me tapé de nuevo con la sábana, lo tapé a él, y cerré los ojos intentando dormir. Sabía que, de alguna manera, esa situación me ayudaría a aceptar y entender mejor mis propios sentimientos. Y así, con el sonido del mar de fondo y la luz de la luna colándose en el salón, me dejé llevar por el sueño.

DÍA 2

El amanecer empezaba a dar la bienvenida al nuevo día, y su luz iluminaba suavemente el salón. Me desperté, todavía algo aturdido por el sueño, y me di cuenta de que en ese momento, tanto Luis como yo estábamos completamente destapados. Completamente. La brisa fresca de la mañana me hizo sentir cada centímetro de mi acalorado rostro.

Luis seguía durmiendo profundamente a mi lado, con los brazos descansando sobre la almohada. Mis ojos se posaron sobre su cuerpo, admirando, ahora con mucha más claridad gracias a la luz del amanecer, su musculatura perfectamente definida. Era imposible no notar lo atractivo que era. Esa cara angulosa, esos pectorales definidos, esos abdominales marcados, ese miembro… casi erecto. La visión me hizo tragar saliva. Por alguna razón, no sentí la misma timidez que la noche anterior. Algo en el ambiente me hizo sentir más relajado, más seguro de mí mismo. Él había decidido dormir así, y tenía que ser consciente que podría ocurrir esto. Y mirar no es pecado. Creo.

Mis ojos recorrieron su cuerpo, fijándome aún más en cada detalle. Sabía que no había nada de malo en apreciar la belleza del cuerpo humano, en catequesis no recordaba que dijesen nada de ello, y, en preciso momento, pues no me sentí culpable por hacerlo.

De repente, Luis se movió un poco, murmurando algo en sueños. Mi corazón se aceleró momentáneamente, pero él no se despertó. Inspiré profundamente, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo. Me levanté silenciosamente, procurando no despertarlo, y me dirigí a la cocina, que estaba a apenas un metro tras la barra americana, para preparar algo de café. Intenté no hacer mucho ruido. Necesitaba un momento para mí mismo, para procesar todo lo que estaba sintiendo. Mientras el café se preparaba, me apoyé en la encimera y miré hacia la terraza, donde el sol empezaba a brillar intensamente. De vez en cuando bajaba la mirada para asegurarme que no me había imaginado que Luis durmiese tal cual. Pero allí seguí este muchacho en todo su esplendor, estirado caso al completo, con una erección mañanera evidente.

Con la taza de café lista me dirigí a la terraza, y me dejé envolver por la cálida luz del sol y el sonido del mar. Al terminarlo, me di cuenta de que nadie más se había levantado aún. El apartamento estaba silencioso, con solo el murmullo distante de las olas y el canto ocasional de un pájaro rompiendo la calma.

Como no me iba a quedar como un tonto en la terraza, me volví al sofá cama y me acomodé junto a Luis, que, parece por el escaso ruido que hice, seguía profundamente dormido. Sus movimientos eran lentos y suaves, como si estuviera disfrutando de un sueño plácido. Mi mirada volvió a posarse en él: la forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración, los músculos de sus brazos relajados sobre la almohada, y la forma en que su cuerpo se movía ligeramente con cada cambio de posición.

No pude evitar sentir una mezcla de admiración y curiosidad. Había algo hipnótico en observar a alguien tan relajado, tan vulnerable en su sueño. Luis murmuró algo ininteligible y se giró un poco. Su miembro, aun parcialmente erecto, se movía al son de sus caderas y piernas. Sentí una oleada de calor recorrerme.

Luis se movió de nuevo, esta vez girándose hacia mí. Su rostro estaba a solo unos centímetros del mío, y pude ver la ligera sombra de la barba en su mandíbula. Sus labios se entreabrieron y dejó escapar un suave suspiro. Mi corazón latía con fuerza, pero me obligué a mantenerme quieto y tranquilo. Una cosa era mirar y otra hacer algo físico. Lo que me faltaba. Pero en ese momento, comprendí que este viaje estaba destinado a ser un punto de inflexión para mí. No sabía cómo ni cuándo, pero encontraría el valor para ser honesto con Carla, con Luis, y con todos los que me importaban.

Cerré los ojos, dejando que la tranquilidad del momento me envolviera, y, antes que el café hiciese efecto, caí en un sueño ligero.

Cuando desperté nuevamente, el sol estaba más alto en el cielo y podía oír el suave murmullo de las chicas despertándose en el dormitorio. Al abrir los ojos, noté que Luis también comenzaba a moverse. Estaba boca abajo. Ahí tenía de nuevo esos glúteos con forma de melocotón maduro que había visto ayer durante unos segundos en la playa. Parecía estar despertando, pues su respiración se volvía menos profunda y más regular mientras se desperezaba. Sin ningún rastro de vergüenza, Luis se giró sobre su espalda, bostezando y estirándose. Sus ojos se encontraron con los míos, y me dedicó una sonrisa somnolienta.

—Buenos días, Alex —dijo con voz aún ronca.

—Buenos días—respondí, tratando de mantener la calma mientras mi corazón latía con fuerza.

Luis se sentó y comenzó a buscar sus calzoncillos, que había dejado tirados cerca de la cama. Encontró su bóxer y, sin prisa, se los enfundó, tapando su desnudez. Me di cuenta de que no sentía la misma incomodidad de la noche anterior. Ver a Luis tan cómodo con su cuerpo y su actitud relajada me hacía sentir más tranquilo.

—¿Dormiste bien? —preguntó Luis mientras se estiraba de nuevo. Sus músculos eran puro espectáculo.

—Sí, bastante bien. ¿Y tú?

—Como un tronco —respondió riendo—. Este sofá cama no está tan mal. Lo que se está perdiendo Carla.

Nos quedamos en silencio por un momento, simplemente disfrutando de la tranquilidad de la mañana. Podíamos escuchar a Carla y Marta hablando en el dormitorio, preparándose para el día. Me di cuenta de que estaba sonriendo, sintiéndome más relajado y en paz.

Luis se levantó y se dirigió hacia la cocina, probablemente en busca de café. Me quedé tumbado en el sofá cama, pensando en cómo había cambiado mi perspectiva en tan poco tiempo.

Tras el desayuno decidimos dar un paseo por la playa. Plantamos nuestra sombrilla y nuestras toallas y comenzamos a andar por la arena. Era muy agradable.

—¿Qué os parece esta playa? —preguntó Luis, mirando a su alrededor con una sonrisa de satisfacción—. Es perfecta, ¿no?

—Pues la verdad es que sí —respondí—. Tiene un ambiente muy tranquilo.

—A mí me encanta —añadió Marta—. Me recuerda a las playas que visitaba de pequeña con mi familia.

Carla se giró hacia nosotros, caminando de espaldas por un momento para podernos ver bien.

—Hablando de vacaciones de nuestra infancia, ¿cuál es vuestro mejor recuerdo de unas vacaciones?

Marta no tardó en responder.

—Para mí fue la vez que visitamos un parque temático en verano. Me subí a todas las montañas rusas y comí tanto algodón de azúcar que pensé que iba a explotar.

—Eso suena increíble —dijo Luis riendo—. Yo diría que mis mejores recuerdos son de los campamentos de verano. La convivencia allí era chulísima. Cada cabaña era como una familia, y cada año hacíamos competiciones deportivas. Me encantaba ganar medallas.

—Qué poco has cambiado, amor. ¿Y tú, Alex? ¿Algún recuerdo especial?

Pensé por un momento, disfrutando de cómo la arena caliente se sentía bajo mis pies.

—Para mí, fue un viaje a una cabaña en el bosque con mis padres. Pasamos todo el fin de semana contando historias de miedo y haciendo caminatas. Fue simple, pero perfecto.

—Eso suena muy bonito —dijo Marta, con una de sus sonrisas que me estaban enamorando. Vi cómo de repente se quedó mirando fijamente al mar—. ¿Sabéis qué? Siempre he querido aprender a surfear. ¿Alguno de vosotros lo ha intentado alguna vez?

—Sí —confirmó Luis—, Hice un cursillo en la carrera. Deberíamos alquilar unas tablas y probar.

—Buena idea —dije—. Aunque probablemente acabaré en un vídeo de caídas graciosas en internet de los que te gustan a ti.

Luis soltó una carcajada y apoyó su brazo alrededor de mis hombros. Ese gesto de amistad en forma de contacto físico me puso tontorrón.

—Venga Alex —me dijo mirándome a los ojos—, yo te voy a enseñar bien a montar.

Y después de lo que le había podido ver esta noche, mi mente se puso a imaginar diferentes formas en las que Luis me enseñase a montar.

Nos dirigimos al puesto de surf para alquilar unas tablas y trajes de neopreno. Luis estaba entusiasmado, pues iba a ser nuestro maestro de iniciación. Comenzó explicando cada detalle del equipo y las mejores prácticas para principiantes.

Cuando nos pusimos los trajes de neopreno, no pude evitar notar lo bien que le quedaba a Luis puesto. El material ajustado resaltaba sus músculos definidos y tonificados, por detrás marcando

el culo que había tenido la suerte de ver dos veces ya, y por delante se podía apreciar la marca alargada de su pene. Era imposible no admirar su figura mientras se movía con facilidad, ajustando su traje y asegurándose de que todos los demás estuviéramos cómodos con él. Mi prima estaba como yo, metiendo algo de barriga para que entrase mejor el traje. Miré si a mí se me marcaba el pene con el traje tan ajustado, pero era prácticamente inapreciable, lo cual fue un alivio. A Marta también le quedaba como un guante. Las curvas que se formaban en sus pechos, cintura y cadera eran vertiginosas. Entraban ganas de acariciar la textura de su segunda piel. Tuve que dejar de mirarla para que al final no se me fuese a marcar mi polla despertando.

—Vale, chicos, ¿estáis listos para empezar? —preguntó Luis con su pícara sonrisa.

—¡Listos! —respondió Carla, ajustándose la cremallera de su traje.

Marta se acercó a mí, dándome un empujoncito en el brazo.

—¿Qué te parece el neopreno, Alex? ¿Cómodo?

—Es demasiado estrecho, pero estoy bien —dije, sonriendo—. A ti te sienta mucho mejor.

Marta soltó una risita y le dio un coqueto manotazo en el brazo. ¿Estaba consiguiendo ligar con ella o haciendo el ridículo?

Luis nos llevó al agua, explicándonos cómo remar y levantarnos en la tabla. Se veía tan seguro y relajado, que me hizo admirarlo aún más. Estaba claro que sabía lo que hacía, y su paciencia mientras nos enseñaba era admirable.

—Alex, asegúrate de mantener el equilibrio distribuyendo tu peso uniformemente —me indicó Luis, colocándose detrás de mí para corregir mi postura. Su cercanía y la firmeza de sus manos en mis hombros me hicieron sentir una mezcla de nervios y excitación.

Después de varios intentos fallidos, finalmente logré mantenerme en la tabla por unos segundos antes de caer al agua. Al salir a la superficie, vi a Luis aplaudiendo y sonriendo.

—¡Eso es, Alex! ¡Lo estás logrando!

No pude evitar sonreír de oreja a oreja. Cada vez que Luis me ayudaba, sentía una conexión creciente con él. Su actitud positiva y su forma de ser amable y alentadora estaban empezando a tener un efecto en mí. Aunque trataba de mantenerme concentrado en el surf, no podía evitar sentirme atraído por su personalidad, además de por su físico.

Por otro lado, Marta también parecía estar mostrándome más atención. Después de cada caída, se aseguraba de nadar hasta mí para ver si estaba bien y ofrecerme palabras de ánimo. En un momento, mientras ambos descansábamos en nuestras tablas, ella me lanzó una mirada coqueta.

—Estás avanzando mucho, Alexito.

—¡Gracias! —respondí, tratando de sonar despreocupado. Pero la verdad era que su atención me estaba confundiendo aún más.

Después de varias horas de intentos y algunas caídas espectaculares, regresamos a la orilla para descansar. Nos tumbamos en la arena, riendo y compartiendo anécdotas de nuestras experiencias en el agua.

—Tienes talento para esto, Alex —dijo Luis, dándome una palmadita en la espalda—. Sólo necesitas un poco más de práctica.

—No podría haberlo hecho sin tu ayuda —le guiñé un ojo. ¿En serio le había guiñado un ojo al novio de mi prima?

Carla, que estaba tumbada al lado de Luis, nos observaba con una sonrisa divertida.
—¡Parece que hemos creado un equipo de surf!

Almorzamos en el chiringuito, y el almuerzo se alargó hasta la merienda. De vuelta a la sombrilla, que aún seguía en pie, Carla y Luis decidieron dar un paseo a solas. Eran incansables. Marta y yo nos quedamos a la sombra, buscando un lugar fresco y cómodo para relajarnos. El calor del día se suavizaba, creando una atmósfera ideal para conversar. Marta se acomodó en una toalla y me miró con curiosidad.
—Entonces, Alex, cuéntame más sobre ti —dijo, sonriendo—. ¿Cómo estás llevando el final de la carrera? Debe ser un momento bastante intenso.
Me senté en otra toalla junto a ella, estirando las piernas y sintiéndome un poco más relajado.
—La verdad es que sí, está siendo bastante intenso. Todos los proyectos, los exámenes... parece que nunca acaban. Pero al mismo tiempo, estoy emocionado por lo que viene. Hay tantas posibilidades una vez que nos hayamos graduado.
—Lo comprendo perfectamente. Yo también pasé por eso hace poco. Es una mezcla de ansiedad y emoción. Pero sabes, a veces es bueno tomar un respiro y disfrutar momentos como estos.
Los dos nos miramos unos momentos. Yo no pude evitar mirarle unos segundos el escote del bikini, que estratégicamente colocado, parecía apenas taparle los pezones, pero rápidamente volví a sus ojos. A pesar de mis preocupaciones y nervios, estaba empezando a sentirme más cómodo.
—Te confieso —continuó Marta— que me encanta la manera en que Luis y Carla llevan su relación.
Me reí ligeramente, asintiendo. El comienzo de su frase me había asustado. ¿Qué me iba a confesar? Pero al sacar el tema de relaciones, tampoco sabía a dónde quería llegar.
—Sí, es verdad. Luis parece ser muy abierto y relajado, y Carla es siempre tan energética. Es una buena combinación.
—¿Sabes, Alex? —dijo Marta con una sonrisa coqueta—. A veces, uno no se da cuenta de las personas interesantes que tiene a su alrededor hasta que pasa tiempo con ellas. Como tú, por ejemplo. Ya te lo había dicho, pero me alegra que estés aquí.
Me sentí muy halagado por sus palabras, pero también algo nervioso. La forma en que me miraba y cómo se inclinaba hacia mí sugería que había de verdad un interés más allá de una simple amistad.
—A veces es divertido salir de la rutina y descubrir cosas nuevas, ¿no crees? —siguió hablando y yo escuchando. Su mirada se volvió un poco más intensa—. Como conocer a alguien especial... y tú pareces alguien realmente interesante.
Marta sonrió, acercándose un poco más, sus piernas casi tocaban las mías. El sol continuó su descenso, pintando el cielo con tonos cálidos de naranja y rosa. La conversación fluyó con naturalidad, quizás porque ella era consciente de que me estaba poniendo nervioso sus comentario, así que no insistió más en el tema romántico. Hablamos de nuestras aficiones, de la playa y de cómo planeábamos aprovechar el resto del día.
La playa empezaba a llenarse de un ambiente más tranquilo mientras los bañistas se retiraban

poco a poco. Cuando los dos paseantes volvieron, fue momento de recoger las cosas y regresar al apartamento. Por el camino, mientras las chicas iban delante, sentí que era el momento adecuado para sacarle el tema a Luis. Tomé un respiro profundo, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Luis, hay algo que quería decirte —empecé, sintiendo un nudo en el estómago—. Anoche, cuando me desvelé, estábamos destapados, y te vi… desnudo. Siento no haberte avisado, pero es algo a lo que no estoy acostumbrado.

Luis me miró con una expresión de sorpresa al principio, pero luego una sonrisa divertida apareció en su rostro.

—No te preocupes, Alex. Me lo imaginaba. No es fácil mantenerse cubierto toda la noche con este calor. Además, todos estamos desnudos en algún momento, ¿no?

Asentí, sintiéndome aliviado por su reacción tranquila. Sin embargo, Luis no se detuvo ahí.

—¿Sabes? Deberías animarte a hacerlo también esta noche. Yo estoy acostumbrado y me encanta. Dormir desnudo es liberador y, quién sabe, te podría ayudar a relajarte aún más.

Me quedé pensativo por un momento, considerando su sugerencia. La idea de dormir desnudo me parecía intimidante, más aún hacerlo a su lado. Pero también había algo tentador en la libertad que podría ofrecer.

—No sé, Luis. No suelo dormir sin, al menos, ropa interior —admití, aunque una parte de mí se sentía intrigada por la posibilidad.

Luis me dio una palmada en el hombro, sonriendo con esa confianza relajada que siempre parecía tener.

—Sin presión ninguna, Alex. Solo una sugerencia. Este viaje se trata de disfrutar y experimentar cosas nuevas. Si te sientes cómodo, genial. Si no, también está bien. Lo importante es que te sientas bien contigo mismo. Y espero que no te incomode que lo haga yo.

—Que va, por mí no hay problema —él no sabía lo que había disfrutado de ello.

Me dio una palmadita con complicidad en el moflete. Su actitud comprensiva y abierta me hizo sentir más a gusto. Mientras nos dirigíamos al apartamento, la sugerencia de Luis quedó en mi mente.

El ambiente en el apartamento se llenó de energía mientras todos nos preparábamos para salir a una discoteca del pueblo. El entusiasmo era palpable, y cada uno de nosotros estaba buscando la manera de estar a la altura de la noche que prometía ser divertida.

Mientras las chicas se arreglaban en el dormitorio, Luis y yo decidimos salir a la terraza para aprovechar el fresco de la noche. Las luces del edificio de enfrente brillaban suavemente, y la brisa marina traía consigo un aroma salado y revitalizante. Nos apoyamos en la barandilla, observando las estrellas y disfrutando de la tranquilidad del momento.

De repente, Luis se fijó en algo y me dio un ligero codazo.

—Mira, Alex, ¿ves a esa chica en el balcón de enfrente? —dijo, señalando discretamente con la cabeza.

Seguí su mirada y vi a una chica muy guapa asomada a un balcón. Tenía el cabello largo y oscuro que caía en ondas sobre sus hombros, y vestía un vestido veraniego que se movía con la

brisa. Parecía perdida en sus pensamientos, mirando hacia el horizonte.
—Sí, la veo —respondí, tratando de no parecer demasiado evidente mientras la miraba.
Luis sonrió con una expresión traviesa en su rostro.
—¿Qué te parece? Guapa, ¿no? —dijo, levantando las cejas.
—Sí que es muy guapa —admití, aunque mi interés no estaba realmente en ella.
Luis no dejó pasar la oportunidad y, con su habitual entusiasmo, decidió animarme a intentar ligar con ella.
—Vamos, Alex, esta es tu oportunidad. Dile algo, salúdala —dijo, empujándome suavemente hacia adelante.
Me reí de manera nerviosa y negué con la cabeza.
—No, no creo que sea buena idea. Además, ni siquiera la conozco —respondí, sintiéndome un poco incómodo.
Pero Luis no se dio por vencido. Ahí demostraba lo extrovertido que era, y parecía decidido a hacerme salir de mi zona de confort.
—Vamos, hombre, no pierdes nada con intentarlo. Solo un saludo. ¿Quién sabe? Tal vez resulte en una conversación interesante —me insistió el muy pesado.
Suspiré, sabiendo que Luis no me dejaría en paz hasta que lo intentara. Tomé una respiración profunda y levanté la mano, saludando tímidamente a la chica del balcón de enfrente. Ella notó mi gesto y sonrió, devolviendo el saludo con una mano.
—¡Hola! —grité suavemente, esperando que mi voz llegara hasta ella.
—¡Hola!
Luis, satisfecho con mi esfuerzo, me dio una palmada en la espalda.
—¡Eso es! Ahora, pregúntale algo, cualquier cosa —me susurró, tratando de contener su entusiasmo.
—¿Estás disfrutando de la noche?
—Sí, es una noche preciosa. ¿Y ustedes? —respondió ella. Su voz sonaba clara en la tranquilidad de la noche.
—También. Estábamos disfrutando del aire fresco mientras nuestras amigas se arreglan para salir —dije, sonriendo.
Luis, viendo que la conversación fluía, decidió intervenir.
—Yo soy Luis, y este es mi amigo Alex. ¿Cómo te llamas? —Ahí estaba el señor sociable.
—Me llamo Andrea. Encantada de conoceros, chicos —dijo con una sonrisa encantadora.
Seguimos conversando con Andrea durante unos minutos, hablando de cosas triviales y riendo. Luis, contento de ver que me estaba desenvolviendo, me dejó tomar la iniciativa. Carla y Marta salieron al balcón, listas para ir a la discoteca. Nos miraron con curiosidad.
—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Marta, divertida.
—Solo haciendo nuevos amigos. Esta es Andrea, del bloque de enfrente —dijo Luis, señalando a la chica.
—Hola, chicas —dijo Andrea, saludando con la mano.
Después de una breve presentación y algunas risas más causadas por las tonterías de Luis, me atreví a invitar a Andrea a venir con nosotros a la discoteca. Lo fuerte es que aceptó. Así que

decidimos quedar abajo en quince minutos.
—Lo hiciste bien, Alex. Sabía que tenías potencial —dijo, dándome un abrazo por la espalda y levantándome en el aire.
Me reí, agradecido por su apoyo y amistad. Aunque ligar con Andrea no era realmente lo que me interesaba, la experiencia me ayudó a sentirme más seguro y abierto a nuevas posibilidades.
Unos minutos después, tras los últimos retoques de las chicas, la energía en el apartamento se elevó cuando todos nos reunimos en la entrada, listos para salir.
—¡Vamos! —exclamó Carla, animada—. ¡La noche es nuestra!
Salimos del apartamento y caminamos hacia un restaurante, que no quedaba muy lejos. Nos encontramos con Andrea, e hicimos los saludos pertinentes. Por el camino, la brisa marina era refrescante y el ambiente de la playa se sentía vibrante y lleno de vida. Andrea, visiblemente contenta por la invitación, agradeció nuestra amabilidad.
—Gracias por invitarme a cenar con ustedes. Estoy de vacaciones con mis padres y, aunque es genial estar aquí con ellos, me alegra tener la oportunidad de conocer a gente nueva. Al menos, la última noche que nos queda de vacaciones aquí.
Aquella noticia me pilló por sorpresa. Era una pena que solo pudiésemos estar esta noche con ella.
De manera natural, Marta, Luis y Carla se colocaron al frente en el paseo hacia el restaurante, hablando animadamente sobre la noche que nos esperaba. Y yo, por mi parte, me quedé atrás con Andrea, disfrutando de la oportunidad de charlar con ella en un entorno más relajado. También aproveché para mirarla de cerca. Era una chica guapa, no tanto como Marta, pero con unos rasgos muy llamativos. También tenía buen cuerpo, todo hay que decirlo. Quizás menos tetas, pero por lo que a mí respecta, le daba un notable alto.
—Entonces, ¿cómo ha sido tu estancia aquí? —pregunté, intentando llevar la conversación de manera fluida y evitar seguir pensando en sus pechos.
Andrea se acomodó un poco. Me pareció que me miraba con interés. ¿Me estaba viniendo arriba muy pronto?
—Pues estos días han sido geniales. Mis padres y yo hemos estado visitando el pueblo y disfrutando de la playa. Tiene más cosas de visitar de las que pensaba. Pero, como os dije, a veces es agradable hacer algo diferente y conocer gente nueva. ¿Qué tal para ti?
—Pues igual, está siendo un viaje interesante. Al principio no estaba seguro de cómo iba a ir todo, ya que solo conocía a mi prima, pero me he dado cuenta de que hay muchas cosas nuevas y divertidas que experimentar —admití, sintiéndome más relajado a medida que conversábamos.
Andrea asintió, y nos reímos de algunas anécdotas que había tenido ella con sus padres estos días. Hablamos de nuestras películas favoritas, música y otras cosas triviales que nos ayudaron a conocernos mejor. A medida que avanzaba la conversación, noté que Andrea tenía un sentido del humor contagioso y una actitud positiva que hacía que me sintiera cómodo a su lado.
—Parece que has hecho un gran grupo de amigos aquí —comentó Andrea, mirando a los tres que teníamos delante.
—Sí, me he dado cuenta. Todos tienen algo único y es genial ver cómo nos complementamos —dije, sintiéndome más abierto.

Cuando llegamos al restaurante, nos acomodamos en una mesa amplia. La conversación continuó fluyendo mientras nos servían la comida, con Andrea integrándose perfectamente en el grupo. La cena estuvo llena de risas, buena comida y una atmósfera relajada. Carla y Luis estaban encantados con la comida.

Andrea, que parecía estar disfrutando de la compañía, participó activamente en las conversaciones y se mostró genuinamente interesada en las historias y anécdotas del grupo. Durante la cena, se mantuvo cerca de mí, y pude notar que la conexión entre nosotros se fortalecía.

Cuando la cena llegó a su fin, nos dirigimos hacia la discoteca, listos para disfrutar de la noche. Andrea caminó junto a mí, y la conversación continuó animada mientras nos acercábamos al lugar.

—Gracias de nuevo por la invitación. Está siendo una noche realmente agradable —dijo, mirándome con una sonrisa sincera.

—Me alegra que lo estés disfrutando. La noche está solo empezando, así que aún hay mucho por hacer —respondí, quizás influenciado un poco por el vino de la cena.

Con la discoteca a la vista, el grupo se reunió frente a la entrada, listos para sumergirse en la música y la diversión del local. Sabía que esta noche podría ser una de las más memorables de nuestro viaje, y estaba emocionado por lo que el resto de la velada nos depararía.

Al entrar a la discoteca, la música estaba a todo volumen y las luces de colores creaban un ambiente dinámico y festivo. La pista de baile estaba llena de gente moviéndose al ritmo de la música, la barra estaba concurrida. La energía era contagiosa, y todos empezamos a disfrutar del momento.

Luis y Carla se dirigieron a la pista de baile, tomados de la mano y riendo. Andrea, Marta y yo nos quedamos cerca de la barra, pidiendo algo de beber y conversando sobre el ambiente.

—Esto es genial, ¿no? —dijo Marta, mirando alrededor con una sonrisa—. Me alegra que hayamos decidido venir.

Noté algo distinto el tono de Marta. Quizás no le había sentado bien la presencia de Andrea, y menos que fuese yo el que la invitase. Pero puede que fuesen imaginaciones mías.

—Sí, está bastante divertido —respondí, tomando un sorbo de mi bebida.

Nos unimos a Luis y Carla en la pista de baile, dejándonos llevar por la música y la alegría del momento. Andrea y yo compartimos algunos bailes, disfrutando del contacto mutuo.

Cuando me di cuenta, Marta no estaba a nuestro lado. Pude verla un poco alejada de nosotros. Un chico desconocido, muy guapo y con buen físico, se había acercado a ella. La presencia de Marta era llamativa, eso es indudable, y su actitud segura y carismática no iba a pasar desapercibida a los tíos del lugar. Él le hablaba muy cerca de su oído y Marta parecía intrigada por la conversación. Aunque ella inicialmente se mostró algo reservada, su interés parecía crecer.

Observé de lejos al chico guapo y a Marta cómo intercambiaban sonrisas y risas. El chico se acercaba cada vez más, y su lenguaje corporal mostraba que estaba claramente interesado. Marta, por su parte, parecía disfrutar de la atención, aunque también se hacía rogar un poco, manteniendo una actitud juguetona.

Andrea, Luis y Carla estaban bailando cerca, y aunque parecía que estaban disfrutando de su propia burbuja de felicidad, me di cuenta que Luis también había notado la interacción entre Marta y aquel chico. Me sorprendió ver que incluso Luis, generalmente despreocupado, lanzaba miradas hacia donde ellos estaban conversando.

Finalmente, después de un rato de coqueteo y charlas, Marta y el chico desconocido decidieron irse juntos a un rincón más privado de la discoteca, alejándose de la pista de baile y de la zona principal. Vi cómo Marta, antes de alejarse, me miraba con una sonrisa, y yo no pude evitar sentir un nudo en el estómago. Sentí una oleada de celos que no podía ignorar. Aunque sabía que Marta tenía todo el derecho a disfrutar de su noche y de conocer a quien quisiera, estaba sufriendo una punzada de inseguridad. Luis, que se había dado cuenta de mi malestar, se acercó a mí y me dio una palmada en el hombro.

—Oye, Alex, todo bien. ¿Te apetece tomar algo? —preguntó, tratando de distraerme.

—Sí, claro —respondí, intentando esconder mis sentimientos y seguir el consejo de Luis.

Nos dirigimos hacia la barra, y traté de concentrarme en decidir qué tomar. Aunque la imagen de Marta y el chico guapo seguía en mi mente, intenté no dejar que eso arruinara la noche. Sabía que no podía controlar las acciones de los demás. Además, Andrea me esperaba allí en la pista junto a mi prima.

La música seguía sonando, así que volvimos a la pista con nuestras bebidas y mientras me movía al ritmo de una canción de letra absurda, traté de relajarme y dejar de lado mis preocupaciones. Era una noche para disfrutar, y estaba decidido a no dejar que mis celos nublaran mi diversión. Me acerqué a Andrea y nos divertimos haciendo el payaso un buen rato.

Un poco más tarde, decidí que necesitaba un respiro. Me dirigí al baño, buscando un momento para despejarme y recuperar el equilibrio. El baño de la discoteca estaba bastante concurrido, con un grupo de chicos haciendo fila para usar los urinarios. Todos eran altísimos, de brazos tatuados y músculos abultados. Al entrar, vi que Luis ya estaba en uno de los urinarios de pared. Pensé en saludarle y compartir una breve charla para distraerme un poco. Pero hablar meando creo que es algo raro.

Me acerqué al urinario vecino, y, mientras me acomodaba, observé que Luis no se había dadp cuenta de mi presencia, ya que estaba chateando con el móvil mientras meaba. La situación era algo incómoda, y además no pude evitarlo: mis ojos se desviaron hacia su miembro, viendo como se la sujetaba mientras salía el alcohol que acababa de beberse un rato antes. A pesar de haberla visto ya, era impresionante como le colgaba del pantalón. Luis estaba completamente concentrado en lo que estaba haciendo, pero miró a un lado y me vio.

—¡Oye, Alex! ¿Cómo va la noche? ¿Mejor?

—Todo bien, solo necesitaba un descanso de la pista —menos mal que no me había pillado mirándole el rabo.

Luis siguió conversando, hablando sobre la música y el ambiente de la discoteca. Sus palabras eran siempre amigables y relajadas. Era una suerte haberle conocido.

—Sí, la música está genial, pero a veces es muy pesada. No sé si es la mejor idea quedarnos mucho más tiempo aquí, pero al menos estamos pasándolo bien, ¿no? —dijo Luis.

—Claro, claro.

Terminamos y nos lavamos las manos. Luis me dio una palmada en el hombro mientras salíamos del baño. Ese chaval tenía un aura especial. Me alegraba que mi prima le hubiese encontrado.
—Vamos, volvamos a la pista. ¡No podemos perdernos el resto de la noche!
Volvimos al área principal de la discoteca, donde la música seguía marcando el ritmo y la pista de baile estaba llena de gente disfrutando de la noche. Luis y yo nos reunimos con Carla y Andrea, quienes se veían entusiasmadas pero cansadas. Le pregunté a mi prima si quería que nos volviésemos, pero me dijo que Marta había ido con aquel chico al apartamento, que cuando terminasen nos avisaría para ir.
—Y ya sabes lo que eso significa, primo —me dijo guiñándome un ojo—. Se te han adelantado.
Reí falsamente e hice un gesto de que no me importaba. Pero por alguna razón, sí que me afectaba. Marta y yo habíamos tenido varias conversaciones estos días y así, de repente, decide liarse con el primer tío que aparece. En fin, no me tiene que afectar. Hace dos días ni siquiera sabía que Marta existía, y ahora tenía a mi lado a Andrea, una chica majísima con la que podría liarme yo… si ella quisiera.
Estuvimos bailando un rato más. Intenté en un par de ocasiones comerle la boca a Andrea, pero me daba cuenta que ella no estaba receptiva. Lástima. Y antes del cuarto intento, se nos acercó Carla para avisarnos que ya podíamos regresar al apartamento. Marta le había enviado un mensaje de texto para avisarnos que ya habían terminado. Por lo visto, ya había echado los suficientes polvos por aquella noche.

De camino al apartamento nos lo pasamos incluso mejor que en la discoteca. Luis era un personaje que amenizó el paseo. No paraba de contar chistes, corretear de un lado para otro. En un momento casi pota, pero era al final broma. Por su parte, Andrea tenía una risa contagiosa que nos provocaba acompañarla de manera irremediable. Antes de lo que esperábamos, habíamos llegado.
Carla y Luis se despidieron y se dirigieron al apartamento. Andrea y yo decidimos caminar juntos hasta su portal, disfrutando de los últimos momentos de la noche.
La brisa nocturna era refrescante. Compartimos algunas historias más, sintiendo una conexión que se había fortalecido a lo largo de las horas.
—Ha sido una noche realmente divertida, Alex —dijo Andrea, sonriéndome mientras llegábamos al edificio en el que se alojaba.
—Lo ha sido. Me alegra que hayas venido con nosotros. Ha sido genial conocerte.
Nos detuvimos frente a su portal, y el silencio que seguía fue muy cómodo y sugestivo. Andrea me miró con una expresión cálida, y pude ver en sus ojos que ambos sentíamos una atracción mutua.
—Gracias por toda esta noche. Lo pasé muy bien —dijo Andrea, inclinándose un poco hacia mí, y yo hacia ella, sintiendo el mismo impulso.
Sin más palabras, nuestros labios se encontraron en un beso suave. El beso fue tierno al principio, pero se volvió más apasionado, expresando la conexión que habíamos construido durante la noche.
Finalmente, nos separamos lentamente, ambos con sonrisas en el rostro.

—Es una pena que mañana mis padres y yo ya nos marchemos —dijo.
—Sí —respondí—, pero nos escribiremos, ¿vale?
Con un último vistazo y una sonrisa, Andrea entró en su edificio, dejándome allí, con el recuerdo del beso y la promesa de seguir en contacto. Caminé de regreso al apartamento con un sentimiento de satisfacción, habiendo borrado de mi mente los polvos que Marta habría echado esa noche. Cuando subí al piso, me encontré a los demás esperándome en el salón.
—¡Alex! ¿Cómo fue? —preguntó Carla con entusiasmo, haciendo gestos de besitos con la boca.
Sonreí sonrojado y se lo confesé
—Pues genial. Nos besamos un poco —dije, tratando de parecer casual mientras soltaba el móvil y la cartera en la mesa del salón
Las reacciones fueron mixtas. Carla soltó una risa alegre, Luis me abrazó y me levantó en el aire, mientras Marta me lanzó una simple sonrisa.
—¡Esto suena prometedor! —dijo Luis—. Qué pena que la chica se vaya mañana. ¿Le habrás pedido su Instagram?
Asentí con ganas de dejar de ser protagonista. En ese momento me di cuenta que, afortunadamente solo éramos cuatro en el apartamento. El chico guapo se había marchado.
—Bueno, chicos, yo me voy a dormir. Estoy agotada.
—¿Cómo no vas a estar agotada, chica? —soltó mi prima sin pensarlo. No pudimos evitar reírnos los cuatro con él—. Espero no encontrarme nada raro en la cama, ¿eh?
Las chicas se retiraron al dormitorio, y allí nos quedamos otra noche más Luis y yo. Abrimos el sofá cama y comenzamos a ponernos el pijama. Bueno, el pijama yo, pues Luis ya se estaba desnudando. Me quedé en silencio por un momento y, no sé si motivado por el alcohol y la emoción de haber besado a Andrea, estuve sopesando la decisión. Finalmente, lo iba a hacer.
—Está bien, Luis. Creo que voy a intentarlo. Dormir desnudo, quiero decir.
Luis me sonrió, dándome un asentimiento de aprobación, mientras apagaba la luz ya desnudo.
—Pues claro, Alex. Te aseguro que vas a dormir como nunca.
Con un poco de nerviosismo, me quité la ropa y me metí en la cama, sintiendo la frescura de las sábanas contra mi piel. Luis hizo lo mismo, solo que esta noche ya directamente no se tapó con las sábanas. Se tumbó en bolas a mi lado, apoyando un brazo sobre su frente como muestra del mareo que tendría por lo cubatas que se había tomado. Ya le había visto así, no borracho, sino en pelotas. Pero tenerlo de nuevo completamente desnudo, con aquel físico tan espectacular, a unos centímetros de mí, era una fantasía. Sin embargo, a pesar de todo, la cercanía y la desnudez compartida con Luis no eran tan intimidantes como había imaginado.
Poco a poco, me dejé llevar por la sensación de libertad, cerrando los ojos y permitiendo que el sueño me alcanzara. La noche prometía ser una experiencia nueva y, quizás, un paso más hacia la autoaceptación y la confianza.
Luis levantó la vista y me miró con una sonrisa.
—¿Todo bien, Alex? —preguntó, sin un atisbo de incomodidad.
—Sí, todo bien —respondí, tratando de mantener un tono relajado—. Solo me estaba acomodando.
Luis asintió y volvió a cerrar los ojos. Yo también intenté dormirme. La noche parecía ser una

oportunidad para liberar tensiones y dejar que el viaje fluyera de manera natural.

En algún momento de la noche, me desperté con una ligera sensación de incomodidad. En primer lugar, me había destapado por el calor en la habitación. Recordé que no tenía los gayumbos puestos. Vi que Luis, que estaba profundamente dormido, estaba con su cuerpo extendido y relajado sobre el sofá cama, y se había estirado tanto que sus piernas rozaban las mías. En sueños hacía pequeños movimientos, como roces mínimos conmigo. Sentir aquel contacto tan íntimo con un tipo como Luis fue explosivo para mi pene. Luis seguía dormido, sin mostrar signos de despertarse. Sin embargo, el roce de nuestras piernas se volvía más evidente, y la sensación era confusa pero también intrigante. Sin embargo, tenía que ser consciente de la situación para no comprometer la amistad ni crear una situación incómoda para ambos. Decidí darme un momento para respirar me volví hacia el otro lado, tratando de recuperar la compostura y recordar que por una tontería como aquella podría estropear nuestra amistad.

Aquella noche parecía que no iba a poder dormir más de una hora seguida. En sueños, me habría recolocado boca arriba de nuevo y lo que me hizo despertarme fue un movimiento inesperado a mi lado. Luis, aún dormido, se había acercado hacia mí y, sin darse cuenta, se había volteado y me había rodeado con un brazo. Ahora él estaba boca abajo, y al girarse hacia mí, se colocó de manera que su pecho y abdomen estaban tocando mi cuerpo.

El nuevo contacto de su piel desnuda contra la mía me sorprendió. Su abrazo era inconsciente pero cálido, lo que hizo que mi corazón latiera más rápido. Me quedé inmóvil por un momento, sintiendo el peso de Luis. El abrazo, aunque involuntario, era una invasión de mi espacio personal, de la que no iba a poner yo ninguna pega. A medida que los minutos pasaban, el abrazo continuó y yo era incapaz de dormir sintiendo la dureza de esos músculos sobre mí. Pero es que el roce de su cuerpo contra el mío no se limitaba solo a sus músculos. A medida que Luis se movía ligeramente en su sueño, también noté cómo su miembro rozaba mi cadera. La sensación de su piel desnuda y notar su polla contra mi cuerpo me provocó de manera inmediata una erección brutal.

Como si hubiese estado todo planificado, la puerta del dormitorio de las chicas se abrió silenciosamente. Alguna de ellas salió del cuarto y se dirigió hacia el baño. Al principio, no me di cuenta de su presencia, pero Carla se había asomado al salón antes de entrar, y la tenía allí de pie mirándonos. Me esforcé en mantenerme quieto, fingiendo estar dormido. No quería enfrentarme a la incomodidad de esa situación o explicar lo que había estado ocurriendo, así que opté por cerrar los ojos y respirar de manera regular. Mi prima me había pillado en bolas, con una erección tremenda y con su novio abrazándome.

Pero mi prima era siempre una caja de sorpresas. Carla, al vernos desnudos y en esa posición tan íntima, soltó una risita suave que apenas se oyó por encima del sonido de la noche. A pesar de la sorpresa inicial, parecía encontrar la escena graciosa y, por alguna razón, excitante.

—Vaya, vaya... —murmuró Carla en voz baja, probablemente más para sí misma que para nosotros. Luego se acercó al sofá cama y, con una mano suave, sacudió ligeramente a su novio.

—Luis, despierta —dijo en un susurro insistente—. Ven, vamos al baño.

Luis, adormilado, se movió un poco antes de abrir los ojos. Aún medio dormido, levantó la cabeza y miró a Carla con confusión, separándose de mi.
—¿Qué pasa? —murmuró, su voz ronca por el sueño.
—Vamos al baño —repitió Carla, con un tono que dejaba claro lo que tenía en mente.
Luis, captando la insinuación, esbozó una sonrisa perezosa y se levantó lentamente, asegurándose de no despertarme. Carla lo guio hacia el baño, cerrando la puerta tras ellos con cuidado para no hacer ruido. Lo que fue un poco absurdo, porque empezaron a follar y muy silenciosos no fueron.
Mientras tanto, yo permanecí en el sofá cama. Necesitaba hacerme una paja para bajarme aquello, pero temía que me pillaran. Pero es que me iba a explotar la polla como no lo hiciera. Como desde el salón podía oír los susurros y risas apagadas que venían del baño, comencé a masturbarme, pero enseguida noté que abrían la puerta del baño, por lo que solo me dio tiempo a coger las sábanas y taparme la erección. Traté de relajarme y decidí que lo mejor era cerrar los ojos de verdad y dejarme llevar por el sueño, pero no iba a ser tan fácil.
Luis regresó al sofá cama con su cuerpo brillante por el sudor, y aún más empalmado de lo que estaba yo. Sin calcular bien, se tumbó a lo largo del colchón, más pegado a mí de lo normal. El contacto de su piel cálida y sudorosa contra la mía me hizo estremecerme. Respiraba de manera acelerada. Su torso subía y bajaba con rapidez. El ambiente se llenó de una mezcla de excitación y humedad. No pude evitar abrir los ojos y mirarle.
—Siento haberte despertado —se disculpó en voz baja.
—No te preocupes, tío —le dije mirándole a la cara. Pero aproveché para admirar su cuerpo brillar por el sudor bajo la luz de la luna que entraba por el ventanal. Pude incluso ver cómo de la punta de su chorra se apreciaba un hilillo de líquido que caía hasta su abdomen, cerca del ombligo.
—Tu prima es tremenda, siento decírtelo así. Tremenda.
—¿Y eso?
—Pues me levanta porque estaba caliente porque Marta le ha dado detalles de su polvo con el tío aquel. Total, que echamos un polvo, me hace comerle el coño hasta correrse otra vez y cuando termina, me chupa la polla una vez y me deja así —y me señala su erección. Yo aprovecho para volver a mirarla y ver cómo el hilillo de líquido que le sale de la punta sigue ahí.
—¿Te ha hecho más veces eso? —pregunté, porque, la verdad, no sabía que más decir.
—Sí, le encanta dejarme cachondo. A mí en verdad también me pone.
—Así que entonces solo Marta ha triunfado realmente desde que llegamos. Bueno y mi prima, por lo que me cuentas.
—No, hombre, Alex —soltó riendo—. Yo no podría aguantar tanto. En la playa, mientras dábamos un paseo lo hemos hecho varias veces en el agua y en unas dunas.
—¡Ah! Genial —solté. A veces, tanta información no es necesaria. Pero se lo perdonaba, después de todo.
—Solo faltas tú, por lo que parece. Has perdido la oportunidad con Andrea esta noche —dijo, acompañando el comentario con un abrazo cómplice. Me llenó de sudor, pero lo cierto es que me excitó. Olía hasta bien, el cabrón.

Luis se recolocó para no estar tan pegado a mí, lo cual no sabía si agradecer o lamentarme. Cerré los ojos, pero mi compañero de cama no me iba a dejar dormir tan fácil.

—¿Sabes? Me haría una paja hora mismo porque me duelen hasta los huevos de lo cargados que los tengo.

Otra información que era necesaria. Dirigí una mirada hasta sus partes y luego volví a cerrarlos.

—Pues por mí no te cortes —le invité. Aquel espectáculo para acabar la noche estaría bien. Esperaba no estar siendo tan obvio.

—No, tío, me iría al baño para eso.

Noté que Luis me estaba mirando. Aunque yo mantenía los ojos cerrados, podía sentir su mirada fija en mí. La tensión sexual entre nosotros era palpable. Entreabrí un poco los ojos y vi cómo se estaba tocando el rabo. No se estaba masturbando, solo se la mantenía agarrada. Pero me por la razón que sea, lo hacía mirándome.

Intenté controlarme, respirar profundamente y mantener la calma, pero la situación era demasiado intensa. Mi erección volvió a crecer, y me sentí vulnerable y expuesto. Me pregunté si Luis se daría cuenta.

Pasaron unos minutos que parecieron eternos. Finalmente, Luis se acomodó de nuevo, tal vez dándose cuenta de la incomodidad de la situación. Aunque el ambiente seguía cargado de tensión, ambos parecíamos entender tácitamente la necesidad de mantener las cosas en calma.

El cansancio venció a la excitación, y comencé a relajarme. Necesitaba descansar y prepararme para enfrentar el próximo día que esperaba que fuese un poco menos intenso que el de hoy.

DÍA 3

Al amanecer, una luz suave y dorada entraba por la ventana, llenando el salón con un brillo cálido. Me desperté lentamente, parpadeando para despejarme los ojos. Sentí la presencia de Luis a mi lado y giré la cabeza para mirarlo una vez más.

Luis estaba profundamente dormido, pero lo que vi me dejó perplejo y nervioso. Su erección de la noche anterior seguía allí, y su pene daba pequeñas sacudidas involuntarias. La piel de su abdomen tenía un brillo húmedo; una pequeña cantidad de semen había goteado y permanecía en las cavidades que sus abdominales formaban entre ellos.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. La situación era intensamente privada, y me debatía entre el impulso de mirar y la necesidad de respetar su espacio. Sin embargo, no pude evitar fijar mis ojos en él, observando cómo su cuerpo reaccionaba en su estado de sueño profundo.

Cada pequeña sacudida de su pene hacía que mi respiración se acelerara. Mi prima lo había dejado tremendamente excitado, y el cuerpo que es sabio, le estaría correspondiendo con un sueño erótico, y con una inminente eyaculación.

El conflicto interno me mantenía paralizado. Quería moverme, alejarme para darle su privacidad, pero al mismo tiempo, la escena era hipnótica.

Justo cuando parecía que Luis estaba a punto de eyacular, con su pene casi en posición perpendicular y más semen acumulándose en su abdomen, escuché movimiento en la habitación de las chicas. Me moví lentamente, cogiendo la sábana y dejando que cayera suavemente sobre él. Apareció una especie de tienda de campaña que se iba humedeciendo por su vértice. Pero pensé que al menos así tuviera el chaval un poco de intimidad. Me puse mis calzoncillos, mi pantalón del pijama y caminé hacia la cocina. Cuando Luis finalmente se despertara, haría todo lo posible por actuar con naturalidad y evitar cualquier incomodidad. El viaje estaba siendo una montaña rusa emocional, pero estaba decidido a mantener la armonía y disfrutar del tiempo con mis amigos.

Con el ruido que hicieron las chicas al salir del dormitorio, Luis se despertó. Fue gracioso verle descubrir la que había formado con su chorra. Se puso a buscar un pañuelo de papel y se secó lo mejor posible antes de enfundarse en sus bóxer y salir pitando al baño a lavarse.

La luz del sol matutino inundaba el apartamento cuando nos reunimos los cuatro en la cocina

para desayunar. El ambiente era tranquilo y relajado, con el aroma del café recién hecho llenando el aire. Me esforcé por mantener una actitud natural y despreocupada.
Carla, siempre enérgica y habladora por la mañana, comenzó a preparar tostadas mientras charlábamos, sacando un tema de manera pícara.
—¿Sabéis que dormir desnudo tiene muchos beneficios? —dijo, rompiendo el silencio matutino —. Mejora la calidad del sueño, regula la temperatura corporal y hasta puede ayudar a mejorar la salud de la piel.
Luis, con una sonrisa cómplice, asintió mientras se servía un poco de café.
—Estoy completamente de acuerdo —respondió, con una chispa traviesa en sus ojos—. Anoche dormí como un bebé. Nada como la libertad de estar desnudo para sentirse realmente cómodo.
Carla se rió y le dio un golpecito amistoso en el hombro.
—Ya te vim, Luis. Y creo que Alex también está de acuerdo, ¿verdad, primo?
Me puse un poco nervioso ante su comentario, pero logré sonreír y asentir.
—Sí, es bastante liberador —dije, tratando de sonar casual—. Aunque no estoy seguro de haber dormido como un bebé.
Luis soltó una risa y me dio una palmada en la espalda.
—Tú solo necesitas acostumbrarte, Alex. Dale otra oportunidad.
—No sé yo…
El ambiente se llenó de risas y comentarios ligeros, lo que ayudó a disipar cualquier tensión que pudiera haber quedado de la noche anterior. Carla continuó hablando sobre los beneficios de dormir desnudo, citando artículos que había leído y estudios que respaldaban su punto de vista.
—Además —agregó—, es genial para la circulación y puede incluso fortalecer tu relación de pareja.
Luis volvió a asentir, más serio esta vez.
—Sí, tiene sentido. La cercanía física es importante y dormir desnudo puede ayudar a sentirte más conectado con la otra persona. Pero como tú no has querido estar cerca mía por la noches, no lo puedo saber, ¿verdad, cariño?
Carla consciente de que su novio se refería a haberlo dejado conmigo, quiso cambiar de tema y comenzamos a planificar nuestras actividades para el día. La playa nos esperaba. Ese plan estaba asegurado.
Pero Marta quería que el último día que íbamos a estar de vacaciones fuese algo más especial. Lanzó una idea que inmediatamente captó la atención de todos.
—Como parece que os gusta desnudaros para dormir a algunos, ¿qué os parece si vamos a la playa nudista hoy? —preguntó, con una sonrisa traviesa en el rostro—. He oído que hay una playa muy cerca de aquí que es realmente hermosa y tranquila.
Carla, siempre abierta a nuevas experiencias, se encogió de hombros y sonrió.
—A mí me da igual, podría ser divertido —dijo, mirando a los demás para ver sus reacciones.
Me tensé un poco ante la idea y traté de responder con calma.
—Preferiría no ir a una playa nudista —dije, intentando que mi voz sonara relajada—. Una cosa es dormir desnudo, tapado por una sábana —tuve que tragar saliva para soltar aquello después de lo ocurrido anoche—, y otra es permanecer desnudo delante vuestra.

Luis, sentado a mi lado, inesperadamente me apoyó.

—Estoy con Alex —dijo—. Yo prefiero mantenerme con el bañador puesto. Me gusta que el moreno me quede con la señal del bañador.

Marta no parecía desanimada por nuestras respuestas. En cambio, sonrió y levantó las manos en señal de rendición.

—Está bien, hay una parte mixta en la playa —explicó—. Podemos ir allí y decidir qué hacer una vez que lleguemos. Si alguien quiere probar a estar desnudo, puede hacerlo, y los que no, pueden dejarse puesto el bañador.

—Me parece una buena idea —dijo Carla—. Así todos estamos contentos y podemos disfrutar del día sin presiones.

Finalmente, todos estuvimos de acuerdo. Terminamos nuestro desayuno, recogimos nuestras cosas y nos preparamos para pasar otro día bajo el sol. Antes tendría que masturbarme en el baño pensando en que iba a ver a Marta completamente desnuda. Era de locos.

Mientras caminábamos hacia la playa, pensé en cómo la sugerencia de Marta había sido inesperada, y en cómo habíamos encontrado una solución que funcionara para cada uno de nosotros. Estaba aprendiendo que este viaje no solo era sobre relajarse y divertirse, sino también sobre entender y respetar las fronteras personales de cada uno.

Al llegar a la playa, la sección mixta era fácil de identificar. Algunas personas optaban por el nudismo, mientras otras se quedaban en sus trajes de baño. Nos instalamos en un lugar cómodo, no muy pegado a ningún grupo o familia allí presente, y comenzamos a disfrutar del sol y el mar. La playa tenía un ambiente vibrante y relajado, con personas disfrutando del día a su manera. Nada más soltar las toallas y bolsos y clavar la sombrilla, Marta, con su actitud siempre segura, se puso de pie y comenzó a desnudarse con naturalidad. Si su cuerpo en bikini ya era espectacular, sin él era abrumador. Intenté desviar la vista una vez que hice fotos mentales a sus pechos, en especial a sus pezones. Por fin pude ver esos pequeños trozos de piel. La zona del pubis ni siquiera me atreví a mirarla para no tenerme que tumbar boca abajo y evitar que se me notase la enésima erección del viaje. Carla optó por hacer topless, liberando sus pechos al sol con una sonrisa tranquila. Así que se dejó la parte de abajo del bikini, lo cual agradecí. Y Luis y yo nos quedamos con el bañador puesto. Hoy Luis llevaba un bañador más tradicional, parecido al mío.

—Bueno, chicos, nos vamos a dar un chapuzón —anunció Marta con una sonrisa mientras se dirigía hacia el agua. Carla la siguió de cerca, levantando una mano en señal de despedida temporal.

Nos quedamos sentados bajo la sombrilla, observando cómo las chicas se metían en el mar. Era imposible no notar la forma en que el sol brillaba sobre el cuerpo de Marta mientras corría hacia las olas. Su cabello dorado bailaba al son de su movimiento.

Luis rompió el silencio primero.

—Que me perdone Carla, pero Marta tiene uno de los mejores culos que he visto en mi vida.

—Ya ves —acerté a decir.

—Y sus tetas, madre mía.
—Me dicen hace dos días que la iba a ver así, y no me lo creo.
A Luis le pareció divertido mi comentario. Se tuvo hasta que tumbar de la risa que le entró.
—Creo que hicimos bien quedándonos con el bañador —dijo aún con una risa suave—. No sé si estoy listo para tanto exhibicionismo.
Ahora fui yo el que no pude evitar soltar una risa.
—Sí, claro. Sospecho que lo estás haciendo para no dejarme mal. Estoy convencido que estás deseando quitártelo.
Luis me guiñó un ojo. Era un tipo especial. Físicamente daba la impresión de ser el típico macho que abunda por ahí. Pero al conocerlo, notas que tiene una sensibilidad especial, diferente a otros amigos que he tenido a lo largo de mi vida. Nos quedamos un rato en silencio, disfrutando del sonido de las olas y del bullicio lejano de la playa.
—¿Sabes? —dijo Luis de repente, cambiando ligeramente el tono de la conversación—. Ha sido bueno tener esta oportunidad de conocernos mejor. A veces, la rutina diaria de la universidad no nos permite estas conexiones.
Asentí, sintiendo una oleada de gratitud.
—Totalmente de acuerdo. Aprecio mucho estos momentos. Ha sido un viaje lleno de sorpresas, pero también de buenas conversaciones.
Luis sonrió y asintió, tomando un sorbo de su bebida. El ambiente se sentía relajado y amigable, un claro contraste con la intensidad de la noche anterior.
Mientras observábamos a Marta y Carla disfrutando del mar, Luis se acomodó en la toalla y se estiró, disfrutando del sol que se filtraba a través de la sombrilla. Justo entonces noté cómo una pareja joven se acercaba a unos metros de nuestra sombrilla. Soltaron sus cosas en la arena y empezaron a quitarse todas las prendas que llevaban. Ambos tenían cuerpos espectaculares, esculpidos, claramente dedicados al gimnasio. Se instalaron no muy lejos de nosotros y comenzaron a desnudarse. Primero, la chica, que tenía un cuerpo atlético y tonificado. Sin ser excesivo, en una justa medida en la que la hacía ser muy femenina. Y luego el chico, que reveló un físico impresionante. No pude evitar notar que su miembro, incluso en estado de reposo, era considerablemente grande, más grande que el de Luis, que ya era decir. Luis también se estaba fijando en ellos y soltó una risa baja, rompiendo el silencio.
—Vaya, parece que estamos en la playa de los modelos —dijo, con un tono jocoso.
Sonreí, aliviado por su actitud relajada.
—Eso parece, sí —respondí.
Luis se acomodó en su toalla, mirando a la pareja con una mezcla de admiración y humor.
—Ese chico definitivamente pasa mucho más tiempo en el gimnasio que yo. Y bueno, no es por nada, pero su... ya sabes, es una anaconda.
Sentí mis mejillas calentarse un poco, pero me uní a la conversación con naturalidad.
—Sí, me he dado cuenta —dije, tratando de mantener un tono ligero—. Pero supongo que es parte de la experiencia en una playa nudista, ¿no?
—Es curioso cómo la percepción del cuerpo puede afectar tanto a la confianza —dijo Luis, mirando hacia el horizonte—. Creo que todos tenemos nuestras inseguridades, pero es genial ver

a personas que las superan y se sienten bien con cómo son.

El sol estaba en su punto más alto cuando Marta y Carla, después de un rato disfrutando del mar, nos llamaron para que nos uniéramos a ellas en el agua. Luis y yo decidimos acompañarlas.
—¡Venga, chicos, el agua está genial! —gritó Marta, agitando una mano en nuestra dirección. El bamboleo de sus tetas con ese movimiento fue como un canto de sirenas.
Luis se levantó primero, sacudiéndose un poco la arena de las piernas. Me levanté también, listo para un chapuzón refrescante. Mientras caminábamos hacia la orilla, Luis de repente se detuvo y me miró con una expresión desafiante.
—¿Sabes qué? Creo que voy a quitarme el bañador. Se va a enterar el tipo ese—dijo, refiriéndose al chico de la pareja cercana.
—Si ya lo sabía yo —reí.
Lo observé mientras se quitaba el bañador con naturalidad, dejándolo junto a la toalla. Después de dos días, ya ni me llamaba la atención. Luis siempre había tenido una actitud segura y despreocupada, y esta decisión no era diferente.
—¿Qué vas a hacer tú?
—Yo creo que me quedo con el bañador.
Luis me dio una palmada en la espalda y salió corriendo hasta la orilla. Pude apreciar cómo sus glúteos se iban rozando entre ellos durante la carrera. Se adentró en el mar, saludando a las chicas con una sonrisa. Yo lo seguí sintiéndome raro con el bañador, pero más cómodo así. A medida que me acercaba, Marta y Carla se reían y aplaudían a Luis, disfrutando del espectáculo.
—¡Vaya, Luis! Te has unido al club —dijo Carla, mientras él se zambullía en una ola.
—Ya me conoces.
Nos metimos en el agua y comenzamos a nadar y jugar, disfrutando de la frescura del mar y la compañía. Mientras luchábamos con las olas, que rompían a nuestro alrededor, no pude evitar que mis ojos se posaran en el cuerpo de Marta. Su físico modelo y su confianza al nadar desnuda, era difícil de ignorar. Cada vez que el oleaje la movía, sus curvas captaban mi atención. La forma en que el agua jugaba con su cuerpo y la manera en que el sol reflejaba en su piel le daba un brillo especial. No podía evitar mirar sus pechos cuando el agua los dejaba al descubierto brevemente.
En un momento de relax, Marta se acercó a mí y me dio un empujón juguetón.
—Estás bien así, Alex. Lo importante es que no te sientas incómodo.
Le sonreí, agradecido por su comprensión.
—Gracias.
Echaba de menos esos acercamientos con Marta. Me daba pena que, de una manera tan tonta, hubiésemos roto esa conexión que habíamos empezado a crear el primer día.
Cuando estábamos agotados de los juegos en el agua, volvimos a nuestra zona bajo la sombrilla para descansar y disfrutar de la tranquilidad de la tarde. Luis salió el primero del agua con la misma confianza que había mostrado al entrar. Los demás íbamos detrás de él. Mientras Luis caminaba hacia la toalla, su cuerpo desnudo se exhibía de manera natural. No pude evitar observar de nuevo el contorno de sus glúteos, firmes y bien definidos. La luz del sol brillaba

sobre su piel mojada, acentuando cada músculo de su espalda y su trasero. La forma en que su culo se movía y la forma en que el agua caía de su piel hacían que fuera difícil apartar la vista.
Al llegar, se tumbó boca abajo sobre su toalla con una expresión satisfecha.
—Esto ha sido genial.
La posición permitía que su trasero quedara completamente visible, y se estiró con una expresión de satisfacción. Me esforzaba por no mirarlo de manera demasiado evidente, pero no podía evitar que mi atención volviera a su figura, especialmente al observar cómo su cuerpo se acomodaba en la toalla, resaltando aún más sus músculos.
Por su parte, Marta se acercó a mí con una postura relajada. Al inclinarse para coger su toalla, pude disfrutar de su culo en pompa, que me iba a hacer explotar por poder verlo desde ese ángulo. Cuando se giró para seguir alegrándome la vista, noté que Marta tenía un tatuaje cerca del pubis, que se asomaba ligeramente por el borde de la línea de piel blanca que había creado su bikini. Era un diseño sutil pero claramente visible. No pude evitar que mi cuerpo reaccionara, y me di cuenta de que me estaba empalmando.
Traté de desviar la mirada y centrarme en la conversación que tenía Luis con mi prima, pero Marta se dio cuenta que la había estado mirando, y esa curiosidad innata mía me iba a permitir acercarme más de lo que habría imaginado a la vulva de Marta.
—¿Qué, te gusta mi tatuaje? —me preguntó, dejándome totalmente pillado.
—¡Claro! Es muy chulo —dije al no saber qué más decir teniendo a la altura de mis ojos sus partes desnudas.
Por si no lo veía suficientemente bien, Marta se me acercó más para que me fijase mejor. Me explicó qué era, mientras me lo señalaba.
—Quería un diseño elegante y delicado, así que me hice un pequeño colibrí en vuelo rodeado de flores.
Tenía el chocho de Marta a menos de diez centímetros de mi cara. Por supuesto, además de mirar al puñetero colibrí, los ojos se me iban a sus vellos púbicos, elegantemente recortados sobre el inicio de lo que venía siendo su raja. No sé qué más me estuvo diciendo del colibrí, pues mi cerebro estaba colapsando de tener tan cerca su coño, pero cuando me quise dar cuenta, Marta se había girado y se dirigía a tumbarse al lado de Luis.
—Oye, ¿alguna vez habéis pensado en hacer un viaje de mochilero? —preguntaba Luis constantemente entusiasmado con todo—. Siempre he querido hacerlo, recorrer varios países, conocer diferentes culturas y, por supuesto, probar comida nueva.
Carla, que estaba acomodándose en la toalla, participó con rapidez en la conversación.
—¡Eso suena increíble! Deberíamos planear algo así después de la universidad. Sería una gran aventura.
—Sí —continuó Luis—, y creo que el verano después de graduarnos sería el momento perfecto para hacerlo. Tenemos que apuntarlo en la agenda. Además, sería una excelente forma de relajarnos después de todos estos años de estudio y trabajo.
Mientras hablaba, movía ligeramente los brazos para acomodarse en la toalla, lo que hacía que el contorno de su trasero se desplazara sutilmente.
—Otra cosa que siempre me ha interesado es el buceo. ¿Alguno de ustedes ha probado alguna

vez bucear en arrecifes de coral? —preguntó—. He oído que es una experiencia increíble, ver la vida marina tan de cerca.
Marta, que acababa de colocarse a su lado se unió a la conversación.
—Nunca he buceado, pero suena fascinante. He leído que algunos de los arrecifes tienen colores y criaturas tan vibrantes que parece que estás en otro mundo.
—Exactamente. Y lo mejor es que no necesitas ser un experto para disfrutarlo. Hay muchos lugares que ofrecen cursos básicos para principiantes. Igual que el de surf que hicimos ayer.
Mientras la conversación continuaba, me esforzaba por mantenerme enfocado en los temas que se discutían, aunque mi mirada ocasionalmente se deslizaba unas veces hacia Luis, otras hacia Marta. A pesar de la atracción sutil que sentía hacia ambos, trataba de participar activamente en la charla y contribuir a la conversación, buscando mantener un equilibrio entre mi curiosidad y socializar lo mejor posible.
Mientras continuábamos la conversación bajo el cálido sol, observé que Marta no podía evitar dirigir su mirada hacia Luis, que seguía estirado en la toalla.
—Luis, tengo que decirte que tienes un cuerpo impresionante —le dijo Marta.
Carla, al escuchar el cumplido, no pudo evitar reírse y mirar a Luis con un gesto juguetón.
—¡Gracias, Marta! —dijo Carla, con un tono de broma.
Marta sonrió, pero también había una sombra de lujuria en su mirada.
—Sí, no bromeo. La verdad es que tener un novio como Luis es un lujo. No puedo evitar sentir un poco de envidia.
Carla, con un gesto travieso, empezó a acariciar a Luis en la espalda y en los glúteos, como si para demostrar aún más lo afortunada que se sentía. Luis, que estaba en medio de la conversación, se sonrojó por primera vez desde que lo conocí un poco ante las caricias, pero se mantuvo relajado.
—¡Eh, no seas celosa! —bromeó Luis, mientras la mano de Carla recorría de manera juguetona la espalda de Luis.
—¡Anda ya! Si, además, Marta ayer conoció a un pibonazo, ¿verdad?
—Pues sí. Esta noche vendrá Pedro con nosotros. Si no os importa, claro.
Los tres dijimos al unísono que claro que no nos importaba. Pero a mí me pareció fatal. Porque aquel chico era muy guapo. Ya no podría hacer nada con Marta. Vería de nuevo cómo se liarían delante nuestra. Y encima no podría estar acompañado de Andrea. Cómo era posible que en un simple momento el viaje me empezara a parecer una auténtica mierda.

Tras arreglarnos para nuestra última noche de vacaciones, nos dirigimos al restaurante acompañados de la brisa del mar. El ambiente estaba lleno de risas y conversaciones animadas. Al llegar, Marta nos sonrió ampliamente y nos hizo un gesto para que la siguiéramos a una mesa en la que ya estaba sentado Pedro. El chaval se levantó para saludarnos. Recordaba que era guapo, pero de cerca lo era aún más. Su cabello oscuro, sus ojos brillantes y su sonrisa sincera lo hacían destacar. Tenía un toque que mejoraba el rostro de Luis. Aunque físicamente, Luis le ganaba de goleada. Más allá de su apariencia, fue su actitud lo que realmente captó nuestra atención durante la cena.

—¡Chicos, este es Pedro! —nos presentó Marta—. Pedro, ellos son Carla, Luis y Alex.
Nos sentamos alrededor de la mesa y pronto nos sumergimos en una conversación animada. Pedro era natural y simpático. Hablaba con facilidad sobre cualquier tema que surgiera, desde música y películas hasta deportes y viajes. Mi diablo interior me hizo pensar que Pedro y Andrea harían buena pareja… y así me quedaría yo con Marta.
—¿Y tú, Pedro? ¿Qué haces? —preguntó Carla.
—Trabajo como diseñador gráfico —dijo—. Me encanta crear y siempre busco inspiración en lugares como este. La playa tiene algo especial, ¿verdad?
A lo largo de la cena, Pedro siguió mostrándonos su lado más encantador. Su forma de contar historias era cautivadora, y todos estábamos enganchados a sus anécdotas. Habló de su pasión por el arte y la fotografía, y cómo había viajado a varios países en busca de la imagen perfecta.
—Una vez estuve en Japón durante la floración de los cerezos. Fue increíble. La belleza de esos árboles en flor es algo que no se puede describir con palabras
Marta lo miraba con admiración, claramente enamorada. Y, sinceramente, era difícil no estarlo. Aunque me estaba empezando a parecer pedante.
—¿Y tú, Alex? —preguntó, girándose hacia mí—. ¿Qué es lo que más te apasiona?
Me sorprendió un poco que tras estar pensando lo pedante que era, él mismo me convirtiera en el centro de atención, pero la sinceridad en su mirada me animó a responder.
—Creo que lo que más me apasiona es escribir. Me gusta crear historias y explorar diferentes mundos a través de las palabras.
—Eso es genial. La escritura es un arte como la fotografía. Me encantaría leer algo tuyo algún día.
Al final me iba a caer bien aquel tío. Maldita sea.
La cena estaba llegando a su fin y estábamos disfrutando de los postres cuando Marta soltó una noticia inesperada.
—Chicos, tengo algo que comentaros —. Todos la miramos expectantes mientras ella continuaba —. Pedro se va a quedar con nosotros en el apartamento esta noche. Siento no haberos avisado antes.
Hubo un momento de sorpresa, seguido de sonrisas y asentimientos. Carla y Luis parecían completamente a gusto con la idea.
—Claro, no hay problema —dijo Carla.
—Sí, seguro que podemos arreglarnos —confirmó Luis siempre tan positivo—. ¿Qué pasó con tus amigos, Pedro?
Pedro sonrió, un poco avergonzado.
—Tuvieron que irse inesperadamente esta tarde, por temas de salud de un familiar de mi colega. Yo me iba a ir con ellos. Pero hablé con Marta de lo que había sucedido y amablemente me ofreció quedarme con ustedes.
Todos asintieron, aceptando la situación. Para ser sincero, para mí era un poco raro. No es que tuviera algo en contra de Pedro, todo lo contrario. Él había demostrado ser una persona increíblemente agradable y simpática. Pero la idea de tener a otra persona en el apartamento, alguien que apenas conocía, me hacía sentir un poco incómodo.

—Bueno, entonces, tendremos que ver cómo organizamos el espacio —dijo Luis—. Pero no te preocupes, Pedro. Nos las arreglaremos.
Pedro agradeció nuevamente, y seguimos charlando mientras terminábamos el postre. A pesar de mi incomodidad inicial, no podía negar que la presencia de Pedro había añadido una chispa especial a nuestra noche. Su actitud positiva y su amabilidad eran contagiosas, y todos parecían encantados con él.

De camino a la discoteca, esta noche, sin Andrea, me tocaba ir de sujetavelas con mi prima y Luis. La conversación fluía de manera natural, hasta que, de pronto, Luis dirigió el tema hacia algo más personal.
—Oye, Alex, cuéntanos sobre tus relaciones anteriores. ¿Alguna vez tuviste una relación seria? —preguntó Luis, mirándome con curiosidad.
Me sentí un poco nervioso, pero traté de mantener la calma. Sabía que, eventualmente, estas preguntas surgirían.
—He tenido algunas relaciones, pero nada demasiado serio —respondí, intentando sonar casual.
—¿Y qué hay de Marta? —preguntó Carla, con una sonrisa pícara—. ¿Te resulta atractiva?
—Marta es muy atractiva, pero somos solo amigos. Además, creo que está claro que su interés está ahora en otra persona —dije, tratando de desviar la atención de mí.
Luis rió, pero no iba a parar ahí y parecía interesado en saber más.
—Es comprensible. Las relaciones a veces pueden ser complicadas —dijo con su tono más serio —. Pero, ¿alguna vez te has sentido atraído por alguien de nuestro grupo?
El ambiente se llenó de un silencio expectante. Sabía que este era un momento crucial. Decidí ser honesto, al menos en parte.
—Para ser sincero, sí. He sentido atracción, pero siento que no es el momento adecuado para ello —dije, esperando que mi respuesta fuera suficiente y que no se notara que me estaba refiriendo, no a Marta sino a él.
No obstante, Luis me miró fijamente, sonrió y puso una mano en mi hombro. ¿Sabría que me refería a él? No creo. De hecho, me sentí agradecido por su apoyo y comprensión. Sabía que, eventualmente, tendría que ser más abierto sobre mi vida y mis sentimientos, pero por ahora, estaba contento de tener amigos que respetaran mi privacidad.

Fuimos a una discoteca diferente a la de la noche anterior. El ambiente era más relajado, menos pijo, pero la música era similar. Nos fuimos directos a la pista de baile y allí comenzamos a movernos un poco. Marta y Pedro se fueron alejando poco a poco de nosotros, hasta que los perdimos de vista. Carla y Luis iban a lo suyo, así que me hice a un lado y saqué el móvil del bolsillo de mis bermudas. Era un buen momento para escribirle a Andrea algún mensaje.
Me dirigí a una esquina, algo alejado del bullicio, y comencé a teclear.
"Hola Andrea, ¿cómo estás? Espero que hayáis llegado bien a casa. No dejo de pensar en el beso de anoche. Me encantaría verte de nuevo. ¿Te gustaría quedar en la ciudad cuando tengas tiempo?".
Mandé el mensaje y me quedé mirando la pantalla, esperando una respuesta. Mientras tanto, mis

amigos seguían disfrutando de la noche, bailando y riendo. Casualmente, desde la esquina en la que me encontraba podía verlos a los cuatro. Pedro y Marta parecían inseparables, y Luis estaba ocupado charlando serio con Carla. Me sentí un poco desconectado, como si estuviera en una burbuja esperando que alguien la rompiera.
Unos minutos después, mi teléfono vibró. Era Andrea. Sentí una mezcla de nervios y emoción mientras abría el mensaje.
"Hola Alex. Yo también he estado pensando en ese beso. Me encantaría verte de nuevo. ¿Qué tal el próximo fin de semana?"
Sonreí ampliamente y empecé a escribir de nuevo, sintiendo una oleada de emoción.
"Perfecto, me encantaría verte. Conozco un lugar genial donde podríamos tomar algo y ponernos al día".
La música seguía sonando fuerte a mi alrededor, pero en ese momento, todo mi enfoque estaba en mi conversación con Andrea. Nos intercambiamos algunos mensajes más, concretando los detalles para nuestro encuentro. La idea de volver a verla y pasar tiempo juntos me hizo sentir optimista y ansioso a la vez.
Guardé el teléfono en mi bolsillo y volví a la pista de baile. Luis me vio y se acercó, con una sonrisa.
—¿Qué tal, Alex? —me preguntó.
—Todo bien. Estaba hablando con Andrea. Nos vamos a ver este fin de semana.
Luis me dio un fuerte abrazo.
—¡Eso es genial! Me alegro por ti, tío.
Pasé el resto de la noche disfrutando de la compañía de mis amigos, pero con una nueva chispa de emoción. La posibilidad de volver a ver a Andrea y lo que podría suceder entre nosotros me mantenía en alto.

Poco después, mientras estaba en la barra pidiendo otra bebida, un chico descamisado se acercó a mí. Era evidente por cualquiera que tuviese ojos que tenía un físico trabajado para presumir de ello. La discoteca estaba a algo oscura en ese momento, con luces de colores parpadeantes que iluminaban su cuerpo.
—Hola —me saludó el chico—. ¿Cómo estás pasando la noche?
—Hola —respondí, un poco sorprendido por su acercamiento—. Pues, bien. Solo intentando disfrutar de la música.
El chico se inclinó un poco más cerca. Tenía unos ojos muy bonitos y unas cejas muy pobladas.
—Me alegra oír eso. ¿Es tu primera vez en este lugar? —preguntó utilizando un tono y unos gestos claramente coquetos.
—No, ya he venido antes —mentí.
El chico parecía interesado y, a pesar de que estaba rodeado de gente, sus movimientos y su lenguaje corporal indicaban que su atención estaba fija en mí. Se apoyó en la barra para ponerse aún más cerca de mi cara.
—Bueno, parece que estás disfrutando. ¿Te gustaría salir un momento y tomar el aire fresco? —sugirió, moviendo su mirada entre mis ojos y mis labios de manera sugerente.

Me sentí algo desconcertado, pero también intrigado. La atención del chico era evidente, y empecé a sentir una mezcla de sorpresa y emoción. ¿Estaba ligando? ¿Por qué?
—Me gustaría —dije, tratando de ser diplomático—. Pero ahora mismo estoy aquí con amigos, y no quiero dejarlos solos.
El chico asintió, aún con una sonrisa curiosa. Parecía aceptar mi respuesta sin presionar demasiado.
—Entiendo. Bueno, si cambias de opinión, estaré por aquí —dijo antes de alejarse, dejándome con una sensación ambigua.
Regresé al grupo, encontrándome con Marta, Pedro, Carla y Luis disfrutando de la noche. Aunque el encuentro con el chico descamisado había sido breve, me dejó con una extraña mezcla de sensaciones.

Un par de horas más tarde, decidimos regresar al apartamento. A la salida me volví a encontrar con el chico descamisado, que, al verme, me guiñó un ojo y se despidió de mí con un gesto de mano. Esperaba que los demás no se hubiesen dado cuenta, pero el hiperactivo de Luis estaba en todo. Me miró unos segundos, y comenzó a sonreír. Estaba muy raro esa noche.
Tras un último agradable paseo por las calles del pueblo, regresamos al apartamento, y comenzamos a discutir cómo acomodarnos para la noche.
—Puedes quedarte aquí con los chicos. Tiramos un par de toallas en el suelo, a ver si no es demasiado incómodo —propuso Marta. Los demás nos miramos, sin saber muy bien cómo actuar.
Pedro asintió y se acomodó rápidamente en el suelo, usando un cojín y un par de toallas como improvisada cama.
Marta besó con ternura a Pedro, mi prima le guiño un ojo a Luis, no sabría decir por qué, y ambas se fueron al dormitorio. Nosotros comenzamos el ritual de apertura del sofá cama, y Pedro de desvistió y se quedó tumbado en slip. Eran muy chulos, estilo moderno. Le marcaba un buen paquete al chaval, se le apreciaban unos huevos muy gordos y una polla que abarcaba el ancho del slip. Menos mal que estaba relajada, pues estoy seguro que empalmada no cabría ahí. Y es que al final, Pedro tenía buen físico, similar al mío, aunque algo más definido. Mientras terminábamos, me dio cosa tener a aquel muchacho sin echarle cuenta.
—Oye, Pedro, ¿qué tal te ha parecido la noche con nosotros? —pregunté, intentando mantener una conversación ligera y amistosa.
—Ha sido genial. Me he divertido mucho y ustedes son un grupo muy acogedor —respondió Pedro, con una sonrisa sincera—. Me alegra haberme encontrado con Marta y haberles conocido a todos ustedes.
—Nosotros también estamos contentos de que te hayas unido —afirmó Luis—. Siempre es bueno conocer a nuevas personas y compartir buenos momentos.
Luis y yo nos comenzamos a prepararnos para meternos en el sofá cama. Como siempre, Luis se desnudó completamente para dormir. En mi caso, con la presencia de Pedro, esta noche decidí dormir en ropa interior. Pedro, desde el suelo, nos observaba con curiosidad, pero no dijo nada. Simplemente se acomodó en su improvisada cama y cerró los ojos, aparentemente agotado por la

noche de fiesta. No obstante, Luis no se sentía cómodo con Pedro en el suelo.
—Tío, ¿estás cómodo?
—Sí, no te preocupes. Esto es mejor que dormir en la calle, ¿verdad?
—Ya, pero verás mañana cuando te levantes del suelo. ¿Te hacemos hueco?
Pedro se incorporó y pensó su respuesta.
—No sé, os he visto a los dos y, Luis, ¿estás durmiendo desnudo? Me ha llamado la atención cuando te he visto preparándote para dormir. No me lo esperaba.
Luis rió suavemente, sin mostrar ninguna incomodidad.
—Sí, me gusta dormir así. Estos días lo hemos hablado los cuatro. Es más cómodo y me ayuda a descansar mejor.
Pedro se quedó pensativo por un momento antes de responder. Luis, con su habitual confianza y comodidad, miró hacia Pedro en el suelo y le hizo una señal con la mano.
—Anda tío, ¿por qué no vienes aquí? Hay suficiente espacio en el sofá cama para los tres.
—No sé, no quiero incomodar y nunca he dormido con un tío en bolas a mi lado—respondió riendo, aunque ya empezaba a moverse para unirse a nosotros.
—Ni Alex tampoco, pero como ves, no pasa nada. No seas anticuado.
—Claro, no hay problema —dije yo, tratando de sonar relajado.
—Anoche, hasta Alex se animó a dormir desnudo, ¿verdad?
Luis siempre confesando cosas que permanecían mejor en la ignorancia de los demás.
—Sí, pero esta noche me quedo en gayumbos.
Luis rio y me dio su habitual abrazo amistoso. Ese contacto con su piel era maravilloso. Pedro se levantó y se acercó al sofá cama. Al unirse, Luis se movió al centro, lo que significaba que nuestros cuerpos quedarían inevitablemente rozándose. Sentí una mezcla de nerviosismo y emoción al sentir la proximidad de ambos. Pedro se tumbó a su lado. Pronto, los tres estábamos tumbados juntos.
El calor de los cuerpos y la sensación de estar tan cerca unos de otros eran intensa. Podía sentir el brazo de Luis y el contacto de sus piernas contra las mías. La situación era íntima y, a la vez, llena de una extraña sensación de camaradería.
Luis, con su voz tranquila, rompió el silencio.
—Esto es mucho más cómodo, ¿verdad, Pedro?
—Sí, claro. No veas lo duro que estaba el suelo. Gracias por esta… extraña invitación.
Luis se giró hacia mí con una sonrisa relajada.
Buenas noches —murmuró.
—Buenas noches.

Mientras la noche avanzaba y el silencio llenaba el salón, no pude evitar desvelarme un poco debido al ambiente cargado de tres tíos en un salón no muy grande. De nuevo, el mágico duende de las sábanas las había tirado hacia abajo y estábamos los tres destapados. Me incorporé en busca de una punta para volver a cubrirme y aproveché para dar un vistazo. Luis y Pedro tenían los brazos en alto sobre la almohada, en una postura relajada que dejaba ver claramente sus torsos musculosos. Luis, en el centro, tenía su piel reluciente de sudor por el calor, y sus

pectorales y abdominales se movían suavemente con cada respiración. Pedro, a su lado, mostraba un físico igualmente impresionante y definido. Qué bien elegían las chicas.
Además, Luis estaba despatarrado, con una pierna por encima de las de Pedro. En esta ocasión, Luis tenía su miembro en reposo, cosa rara en él por la noche. Miré un poco más allá para ver cómo estaba Pedro. No pude evitar notar que, al contrario que Luis, Pedro estaba empalmado. Como bien me había fijado antes, Pedro no la tendría muy larga, pero sí bastante gruesa, así que su slip no era capaz de tapar toda aquella carne. Podía verse cómo había elevado la tela y se estaba saliendo por ambos lados del elástico. Nunca había visto nada igual.
Luis, a mi lado, respiraba de manera lenta y regular. Como si me hubiese leído antes la mente, una erección comenzaba a ser visible. Su nabo comenzaba a llenarse de sangre y aumentar su tamaño. Si es que yo sabía que no iba a tardar en ponerse activo.
Intenté mantenerme tranquilo, recordándome a mí mismo que debía ser respetuoso y no dejar que mis pensamientos se desbordaran. Sentía un ligero temblor en mi cuerpo, una mezcla de nervios y excitación. Finalmente, tiré de las sábanas y me acomodé de nuevo en el sofá cama, de lado, mirando a Luis. Respiré hondo, intentando calmarme. Cogí una buena postura y abrí los ojos un momento pensando que Luis seguía dormido, pero entonces vi que había girado el cuello hacia mí y me estaba mirando directamente. La intensidad de sus ojos me dejó sin aliento. Había algo diferente en su mirada, un brillo que no había visto antes.
Luis extendió su mano hasta la parte posterior de mi cabeza, y sus dedos se entrelazaron con mi cabello. Mi respiración se volvió más entrecortada mientras nuestros rostros se apuntaban. El tiempo parecía haberse detenido. Sentí su aliento cálido en mi piel, y el deseo en su mirada se reflejaba en la mía. Luis me atrajo suavemente hacia él, acortando la distancia entre nuestras bocas. Su movimiento fue lento, deliberado, como si quisiera saborear cada segundo. Y luego, finalmente, nuestros labios se encontraron. Fue un beso suave al principio, una exploración tímida, pero lleno de una intensidad que hacía que mi corazón latiera aún más rápido.
—¿Qué está pasando? —acerté a decir cuando nos separamos levemente. mirar
—¿Quieres que pare? Si es así, lo haré.
Me quedé en silencio, contemplando sin poderlo evitar la mandíbula de Luis. Ni un segundo después, nuestros labios se volvieron a encontrar y se movieron al unísono, explorando y descubriendo. Cada roce, cada caricia, incrementaba la electricidad entre nosotros. El sabor de su boca era embriagador, y cada vez que nos separábamos brevemente para tomar aire, volvía a buscar sus labios, incapaz de resistir el deseo que sentía.
Luis se giró para comprobar si Pedro se estaba enterando de algo. Al ver que seguía igual, se giró de nuevo hacia mí con su sonrisa pícara. La mano de Luis, que había estado sosteniendo mi cabeza, se dirigió hacia mi mano derecha. La agarró para acompañarla hasta su polla. No me lo podía creer. Después de varias noches viéndola, estaba tocándola. La dureza y el calor que desprendía me estaba dejando sin aire. Luis no apartaba sus ojos de los míos, y la intensidad de su mirada solo aumentaba mi deseo. Sentí cómo se estremecía ligeramente bajo el contacto de mi mano, y eso me dio la confianza para seguir explorando. Mis dedos se cerraron suavemente y empezaron a recorrerlo con lentitud, saboreando cada momento. Luis soltó un suspiro ahogado y acercó su cuerpo aún más al mío. Por desgracia, no estuvimos mucho tiempo más. Como si nos

leyésemos la mente, sabíamos que preferíamos no seguir. Cuando nuestros cuerpos se separaron, nuestros ojos se encontraron nuevamente. La intensidad de su mirada seguía ahí, pero ahora también había una ternura y una comprensión que nunca antes había visto. Sin decir una palabra, ambos supimos que algo había cambiado entre nosotros. Me guiñó un ojo y se puso de nuevo boca arriba. Lo imité.

Habíamos cruzado una línea, y nada volvería a ser igual.

Aquella noche, sí, dormí del tirón.

DÍA 4

Poco que contar de este día. Los cuatro regresábamos en el coche recordando todo lo que habíamos vivido los días anteriores. Bueno, todo, todo, no era necesario.

Solo por si te interesa, cuando nos hemos levantado esta mañana, Luis y yo hemos actuado con normalidad, aunque yo por dentro estaba tanto alucinado por lo que ocurrió, como arrepentido. No sé por qué me sentía así, porque el que tiene novia es Luis, no yo. Pero el hecho de que la novia sea mi prima es lo que creo que me hacía sentir mal.

Aunque no me diez cuenta, algo nervioso sí estaría. Estando los cinco en la cocina preparados para desayunar, se me ha caído todo el café sobre la encimera. Entonces, Carla vino corriendo, me cogió de la mano, y me soltó:

—No te preocupes por nada, cariño. Por nada.

La miré extrañado, y miré de refilón a Luis. Este me hizo uno de sus guiños de ojos que me ponían tontorrón. Pero al mirar de nuevo a mi prima entendí más o menos lo que podría estar ocurriendo entre ellos y yo. Total, que eso me tranquilizó, y seguimos la poca convivencia que nos quedaba con total normalidad.

Cuando teníamos todos los bultos metidos en el maletero, Marta y Pedro se despidieron, y los cuatro nos montamos en el coche para hacer el viaje de vuelta. Atrás quedaron tres días intensos, llenos de nuevas sensaciones y experiencias que no pensé que iba a vivir.

Durante el trayecto, cerré los ojos y pensé: ¿Para cuándo el próximo viaje?

Soy Nuel Grass, autor y editor de *Noches de verano (Anécdotas de un chico bisexual)*.
Espero que te haya gustado mi primera novela corta y que, si puedes, dejes un comentario o tu puntuación en tus redes sociales. ¡Muchas gracias!